

Mentiras Piadosas

9 historias cotidianas, actuales
y traviesas



Roberto Rodríguez
Marchena

Índice

1-809-mulata-guaranteee	3
Aquí es que está Dios.....	10
Chin no es mucho, pero, es algo.....	19
Como Dios manda	26
Tengo para decirle	35
Dime que ya eres libre	40
Eso le pasa a cualquiera	46
Problems are opportunities.	54
`til death do us part	65

1-809-mulata-guarantee

(call now for free brochure)

Para celebrar San Valentín fueron Julio y Dolores a Exquesito. A bailar con Maniel. Tirar los pasitos al compás de sones, merengues tradicionales y danzones en un baluarte de yuppies les pareció tentador.

Llegaron temprano, las ocho serían; exageradamente temprano puesto que César y su gente no tocarían hasta pasadas las diez. Cenarían, y Julio, que nunca tiene tiempo para Lolita, por andar viajando, llegar siempre cansado, podría ponerse al día con las últimas anécdotas de sus hijos y enterarse de los remeniones (cancelaciones) que venían de estremecer la compañía donde ella aún trabaja.

Alfredo, jefe de mozos del establecimiento, los acomodó en una magnífica mesa: al fondo a la izquierda, lejos de las bocinas, cerca de la pista y con la orquesta de frente. La tarima donde tocaría la orquesta había sido colocada al lado del cuadro de Chichi García Cordero, un crimen, pero bueno.

San Valentín Cimarrón decía el encabezado del menú.

Guarapo de caña y jugo de jagua sirvieron gratis los mozos vestidos para la ocasión: sandalias tipo marchante hechas con trozos y tubos de neumático, amarradas con soga de henequén, pantalón ancho salta charco en lino crudo natural, camiseta blanca en cuyo frente se leía en cursivas rojas: Exquesito, deliberadamente cimarrón; cubriéndole la cabeza, pañuelos rojos con dibujitos azules y amarillos, y al cuello, tanto en los hombres como en las mujeres, colgando, collares de caracolitos (boquitas).

Batatas, empanadas de catibías rellenas de lambí y cangrejo, yucas fritas, cangrejo y pulpo a la vinagreta, pan de frutas, lerenes y manicongos, plátanos maduros fritos con quesito en el medio, constituían la abundante oferta de entrada.

Para después: brocheta mar y mar, moro de guandules con coco, arepa dulce y salada, chivo liniero, puerco al bucan, lambí y bulgao molido guisado, chillo a la chinola, camarones a la naranja, sancocho y cocido de pata de vaca.

Con los postres algunos probaron por primera vez en su vida el dulce de habichuelas en pasta que nada tiene que ver con el demoníaco dulce de habichuelas, buñuelos de yuca, malarrabia y piñonate. Y un cafecito para cerrar con broche de oro.

Un volantito encontrado en la mesa anunciaba concursos a la medianoche. Se premiaría con artesanías de Miguel Pimentel y Tatiana Bodden las mejores parejas bailadoras de son, merengue y danzón y con esculturas de barro de los Hermanos Guillén al hombre que llevase puesta la camisa más Mandela de la noche.

Diplomáticos, empresarios, artistas, gerentes, políticos, intelectuales, todos sin celulares y en cuerpo de camisa, fueron ocupando las mesas; entregándose a engullir trocitos de cazabe con ajo y aceite verde, y a arrebatarse catibías, batatitas y yuquitas, cuando, abandonadas al descuido, nadie las reclamaba.

Algo después de las nueve, el diyey lanzó Arroyito Cristalino por Pipí Franco para ir calentando la pista. Con dos petacazos en el buche, un pulpito y un poquito de bulgao en la mochila, mis amigos Julio y Lolita cantaron en perfecta armonía. Lo mismo hicieron todos los dominicanos mayores de 30 años, sin excepción, para gracia de los extranjeros, quienes, desencajando hombros y apurando caderas, hacían lo (im)posible para acompañarlos.

El ambiente estaba bien nice. Mucha gente conocida, hermosa, desenfadada y contenta.

Maricarmen, la propietaria, desde la guarida, miró feliz a través del ojo mágico.

Tal era el entusiasmo de todos por comer, que parecían atacados por hambre vieja. Los manicongos, por ejemplo, tenía Julio años que no los comía, por lo que le entró sin miramientos a una palanganita llena (ignoró a Lolita) y a otra más que consiguió en la cocina. Así andaban las cosas desde el principio. La puertecita batiente que comunica la cocina con el salón afanó tanto, que un mozo no tuvo más remedio que tranquilizarla amarrándola a una esquina. La inquieta estuvo a punto de aplanarle las narices a la jefa de piso.

Dejaba Julio caer la mirada aquí y allá cuando se descubrió a tres mesas una india de pelo negro, cuyos rizos dejados secar al natural, más abajo de los hombros, sólo algo más, dejaban ver dos grandes, grandísimas argollas doradas. Su rostro canela, no tenía

grandes méritos, salvo que estaba bien cuidado, limpio, sus poros cerrados, terso como piel de bebé; la nariz, común y corriente, infantil podría decirse (a non-developed nose); las cejas, muy pobladas, confluían caudalosas sobre un pequeñísimo lunar; los ojos almendrados dejaban ver algún antepasado moro o etíope. Los labios, mediocres, no decían nada ni delataban ningún rasgo psicológico, tampoco ninguna de esas cosas que dicen ver psicólogos y detectives y repiten escritores, si no hubiesen estado pintados en ese rojo carmesí explosivo, ni manejados con la sensualidad de su dueña.

Detallada no era nada; en conjunto, definitivamente impresionante. La camisa, blanca -le iba bien el blanco- con una espiga azul que caía desde el hombro izquierdo, había sido muy bien escogida. Las manos, pequeñas, uñas cortas, sin pintar, manejaban con gracia y experticio un cigarrillo. Conversaba aquella virgen de Guadalupe con un elemento que, por su tipo y gestos se adivinaba que era extranjero. ¡Con qué gusto comía y fumaba a la vez! No sabía entonces -ni le importaba- si Guadalupe (así le bautizó, pues algún nombre tenía que tener y éste era el que mejor le asentaba) porque en esa manera de agarrar el frito verde con la mano izquierda, de acercárselo, de sostenerlo con las yemas del pulgar y del índice, y morderlo y gustarlo, había pecado original para condenar en juicio sumarísimo a un cónclave de infieles.

- Tú le has visto las cejas a esa mujer – le comentó Julio a Dolores (para despistar y poder mirar), tienen que ser por lo menos tan gruesas como dos dedos tuyos, ¡hay que ser muy abandonado! ¡Pero tú estás viendo, eso no tiene madre!

-Tú estás seguro de que es una mujer -reaccionó Dolores- lo que parece es un travesti; pero lo mejor no es eso: el rubio que tiene al lado, ni caso le hace. Venir de tan lejos a buscarse un grillo, hay que ser puerco.

Una vez más la técnica de mirar/criticar para saborear con holgura funcionaba, pues las mujeres, como los peloteros en raunrobin, guerrean todas contra todas.

Después del primer set de Maniel, el diyei soltó Suavecito, suave suavecito negra, un son, cantado por Celia Cruz y la Sonora Matancera. Un desconocido, mulato, alto, delgado, conservadoramente vestido con una camisa en algodón, amarillita clara con puntitos marrones y rojos, pantalón beige liso en corte francés, con un Rado en la muñeca izquierda, llegó hasta la mesa desde el bar y pidió llevarse a

Guadalupe a bailar. Al extranjero le pareció una gracia y asintió con la cabeza y la mano extendida.

Julio, que volvía sudado, extenuado (estaba fuera de forma), la vio venir y se devolvió a la pista para sorpresa y satisfacción de Dolores. (15 años de casados, Julio y Dolores intentaban revitalizar la vida en pareja con estas salidas que tanto agradaban a Dolores. Estar allí, entendía ella, era un triunfo de su sabiduría femenina).

- Ahí está la de las cejas -dijo Julio, disimulando su emoción-; acerquémonos ; aclaremos esto una vez por todas.

Enfundada en un Calvin Klein stonewash, calzada en unas zapatillas rojas Enzo Angiolini a cordones, Guadalupe Cola de Langosta (los jeans pusieron a ojos vista el apellido) mostró ser tremenda bailarina, exhibiendo gracia y naturalidad en sus movimientos. El criollo, un bárbaro del ritmo. Dieron la impresión, de tan bien que se acompañaron, de tener años bailando. Julio le anduvo atrás como pudo, buscando cruzar miradas, pero ella no estaba en eso. Simplemente bailaba.

-Hombre no es- dijo Julio en pose jurado- y baila bien.
-Tanto así como bailar bien..., puso en duda Dolores, yo diría que se deja llevar. Fea sí es. Y vino a enseñar las nalgas.

Terminada Celia, vino Beny Moré con Manzanillo y Camarera del Amor (Camarera, eres la camarera de mi amor). Julio se empeñó a fondo con sus mejores habilidades danzísticas, divariando fantasioso. Nadie sabe, pensó, no hay peor diligencia que aquella que no se hace.

Guadalupe Cola de Langosta llegó a su mesa contenta, feliz; pareció oírse que le decía al extranjero que se pararan a bailar ella le enseñaría. El hombre tan sólo hizo una mueca. Ella no le dio importancia a la descortesía y se puso a picar cazabe con unas berenjenas a la vinagreta y a terminar con el poco de lambí molido guisado que quedaba en la fuente.

Julio y Dolores no pararon de bailar toda la noche (Julio tiraba unos pasitos delante de la mesa de Guadalupe para mostrarle lo que se estaba ella perdiendo) y tres horas después con todo lo que había comido estaba molido por lo que pidió otro jarro con más jugo de jagua y todas las servilletas del mundo. Estaba bañado en sudor.

Secándose la frente, notó que Guadalupe lo miraba y le sonreía. Julio le correspondió batiendo los dedos, pero ella, precipitando el fugaz

encuentro, le secreteó algo al gringo, al rubio.
Aprovechando que su mujer había ido al baño , Julio arrancó una cayena del tarro que estaba en el bar y llamó a un mozo.

-Estos 50 pesos son tuyos -le dijo- y esta flor (el mozo no entendía)... oye bien: esto es para tí y la flor, agarra, es de esa señora que está allí (la señaló); entrégasela por la esquinita para que no se de cuenta el rubio comemierda que tiene al lado. Después, vuelve, que te tengo 50 más.

Guadalupe Cola de Langosta, sorprendida, pero halagada, buscó hasta encontrar los labios alegres de Julio, diciéndole happy Valentine, happy Valentine, varias veces. Retuvo la flor con las dos manos por un instante y se la acomodó en el pelo; luego, en agradecimiento, le regaló sensuales movimientos de cabeza.

Bomba, voy bien, se dijo Julio. ¿Próximo paso? No lo sabía. Tenía que seguir adelante con la iniciativa, porque el pollo de granja no la iba a soltar y ella, apreciaba Julio, se notaba visiblemente confundida.

En eso regresó Dolores del baño, con renovados bríos . Ocasiones como ésta no son muy frecuentes y si quería bailar, esta era la oportunidad.

Julio tuvo que complacerla mientras estuvo tocando Maniel, aunque con desgano; sus elucubraciones pecaminosas lo hicieron perder en más de una ocasión el paso. Un zombi.

Dos y media de la mañana, Guadalupe, el voucher, se va. Te saluda Maricarmen, le pareció oírle decir a su mujer, absorto como estaba Julio en los detalles de "la ofensiva": Errores pequeños echan al suelo grandes estrategias.

-Voy un momentico al baño -se excusó Julio.
Guadalupe y el extranjero abandonan Exquesito. Julio los sigue.

Guadalupe maneja. Depositán a la pareja que los acompañó toda la noche en la Pedro Henríquez Ureña (risas, mañana tal cosa, no entiende más) y toman la Lincoln hacia abajo hasta el malecón. Julio está algo rezagado. No quiere despertar sospechas. Llegan al hotel.

El extranjero le dice algo a uno de los tipos del front desk, recibe

la llave.

Tan pronto entraron a la habitación, él encendió el televisor y ella pasó al baño. El extranjero chequeó la neverita, prendió un cigarrillo, recibió una llamada, debía bajar al lobby, se acercó a la puerta del baño y le aseguró que volvía enseguida.

Julio, que llevaba un ratito en el lobby, alcanzó a ver al acompañante de Guadalupe, pero se hizo el desentendido. El extranjero bajó en el sexto. Julio tomó el ascensor y se desmontó en el séptimo, pero ya sabía –por unos pesos que había dado a un botones- que la habitación era la 6015, en el sexto piso. Esperó un rato, sobó la 38, saludó a otra pareja que se le cruzó y bajó.

Guadalupe salió del baño envuelta en una toalla, sonriente, dando brinquitos por el cambio de temperatura.

-Me dejaste una toalla limpia...-le increpó una prieteca surgida en escena, entre risas espasmódicas, quitándose una bota y dejándose besar el seno derecho por el extrajero.

¿Y qué vaina es esta?- gritó Guadalupe-.

-Venus in Arcadia- exclamó suave y sonriente el extranjero. Le ofreció una papeleta enrollada para que se diera unas rayas. La prieteca, ya empericada, y sólo risas y sabrosura, se encocó el clítorix y los pezones y se dejó hacer del extranjero.

En medio de estos afanes, toca Julio la puerta violentamente. Guadalupe, en panties y brassiere, con el jean y la camisa en la mano, en proceso de vestirse y largarse, es la que abre:

-Usted, el de la flor, también, ¿y qué es lo que está pasando?

-Yo mismo. Y tú -dijo Julio señalando a la trabajadora sexual, espanta la mula antes que llame a los de la Dirección. (Se refería al organismo de combate a las drogas, DNCD).

-Nada, qué es lo que va a pasar –explicó la trabajadora sexual-, a mi me contrató este tipo, yo no sé de este lío, él quería que nosotras..., hay clientes que les gusta eso; cuando yo llegué ya ella estaba aquí; ésta parece que no negoció bien...

-Mire buena perra -interrumpió- Guadalupe- usted es loca, coño... Seré yo, coño, una maldita cuero como usted, yo soy administradora

de empresas y Gerente de Ventas de una Inmobiliaria... (lloraba), más cuidado. Este hijo de su maldita madre es mi cliente. Era, porque ya no me interesa. Anda dizque detrás de unas tierras en Samaná. Eso dijo. Ahora no sé.

-Tú no tienes que estar dándole explicaciones al comemienda este- la tranquilizó Julio, ahora mismo me encargo yo del abusador este sobándole la 9 milímetros en el pecho al extranjero. Lívido, el extranjero intentó explicarse:

- I'm a businessman... mostró un pasaporte color chocolate con rayas azules, yo he venido invitado...

-man cálese, finish, onderstan, finish -le ordenó Julio en pésimo inglés- shi is comin wis mi.

El turista, el supuesto hombre de negocios levantó los hombros. Ok. Ok.

A la trabajadora sexual le metió tres de las amarillas en el shorcito, agarró a Guadalupe por un brazo y se la llevó hasta el ascensor. Ya dentro, recostada en su pecho, Guadalupe lloraba. Julio le acariciaba el pelo.

-¡Que vergüenza, que vergüenza!, repetía inconsolable. Yo no soy así -aseguró ella- déjeme, muchas gracias, le besó en despedida, se abrazaron. Acompañeme al parqueo nada más. ¿Y usted, por qué nos siguió?, preguntaba insistente Guadalupe. Dígame, ¿usted sabía algo de ese señor y por eso nos siguió? Julio sonreía, las palabras no salían, ese aroma, esos ojos posados en los suyos le despertaron la impaciencia que el trajinar había dormido...

- Mi amor, van a ser las tres, interrumpió Dolores; vámonos y no te me duermas, que te tengo una sorpresita cuando lleguemos a casa.

Lo que sucedió después en el sofá de la sala, con Dolores encendida y en colaless mint flavor, fue asunto corriente y puede resumirse así: a falta de pan, cazabe.

Aquí es que está Dios

Años después, con unos cuartos que su mujer tenía clavados, Ton se fue en yola por Miches.

René nunca lo supo.

Llegando hizo una llamada, y ahí mismo lo apresaron: pa'trás, mojado y desencantado. Libre, optó por jocular en el muelle de San Pedro.

-Otra vez será, se alentó.

En otro extremo de la isla, la alemana Ulrike Arbeiter, acostumbrada a Ace of Base, sudada, posesa, se dejó llevar por Rikarena: sacúdelo, sacúdelo, que tiene arena. Era feliz, de repente muy feliz. Sol, mar y arena blanca. Ron, merengue y sexo. Todo más -mucho más- fuerte y mejor. Patica aquí, patica allá y pan, pan, pan.

Para ambos, su primer viaje al exterior. Holanda y Austria -sus otras escapadas- son partes de lo mismo, no cuentan, se defendía ella. Veintidos años, solita en alma, vivas, vivísimas las esperanzas, trabajó duro en la Bäckerei. Tres inviernos con sus madrugadas a -20° C en su natal Marburg, pueblito de gente desprejuiciada y acogedora. Sobrellevó además, cuál gólgota, el aliento agrio y las enharinadas manos de Herr Liebsnot, propietario de la panadería quien, con todo y todo, no le parecía mala gente y, a él gracias, pudo zafarse de los pleitos del hogar paterno. Pero, estaba harta de los -cada vez másfrecuentes y aburridos desahogos de su patrón.

Ulrike y Ton llegan a la vida de Ramón inesperadamente, como acostumbran a sorprenderlo las mejores cosas que ha tenido. Ramón, el más cimarrón de los tres, esclavo de un destino que no atina a domeñar, lidera, por así decirlo, y por circunstancias que irán evidenciándose en el transcurso del tiempo, la Banda de los tres, nombre con el cual bautizó, en un arrebatado cervecero, la junta itinerante.

Para comenzar, a los 16 años lo cogieron preso por vocear viva Bosch en el cine Rialto. A los 21 también, ésta vez, por dirigir una cuadrilla que se dedicaba a escribir abajo la dictadura yanqui-balaguerista en las paredes de Ciudad Nueva. Lo soltaron al cumplir los 26, con el compromiso de no dejarse ver por un buen tiempo. De manera que,

cuando logra escapar, semanas después, rumbo a Europa, asumió que el viaje sería más lejos que Puerto Rico y por más tiempo que las navidades del 62 en Queens, porque el boleto era de ida.

El 9 de febrero de 1974, 10 chilenos, 2 nicas y él son aceptados como perseguidos políticos por los camaradas del SED de Magdeburg, ciudad en la absorbida República Democrática Alemana (DDR).

Allí hace lo que hasta ese momento no había tratado con la debida vergüenza: estudiar y trabajar. Por vez primera tiene metas propias y es dueño y señor de su tiempo. Se le asientan las emociones, se desprende de aneurismas culturales, y estrena vida normal. Cocina, lava la ropa, habla bajito, gusta pasear por los parques y a llevar y honrar compromisos.

Obra milagrosa, me aseguraron otros alzados latinoamericanos, prófugos también, que le vieron llegar y que lo frecuentaron después, de Ximena Quirihue, una linda mapuche a quien los militares chilenos mataron padre, madre y hermano, y aún así fue capaz de amarlo y merecerlo como ninguna otra ha podido después.

Ocho meses más tarde, y por casi una década, le perdemos la pista. Entró Ulrike a Playa Dorada, Puerto Plata, aún lagartija de interiores. Roja la tanga, a veces small, otras medium, sin boca, transparente azules los ojos, pecosa toda, frágil tal vez, blancos los cabellos, recortaditos y disparados, delicadas las manos, menudos los pies, dos diamanticos en la oreja izquierda, un puntico por nariz, charlótico andar, más dispuesta a olvidar que un hambriento a comer.

Preciso el instinto, a punto el olor, por más armas que una chaiselongue y una toalla de Bidó, se posó en la frutera infinita de luz y alegría. Y esperó con certeza ignorada.

Daniel, negro, alto, de carnes duras y simpático, bien simpático, gourmet de buen ver, fue el escogido. Camino al comedor se la llevó hacia la 411, donde le hizo el amor como se le hace a las recién llegadas: con devoción, bosquejando inmortalidad en cada gesto, en cada suspiro. Se la comió con curiosidad y parsimonia de arqueólogo.

Caricias y besos sacramentaron este cáliz de ardorosas mieles, de recónditas y abundantes terminaciones nerviosas. Y, en trance con los dioses, ofició solemne.

Increíble fue su veredicto al primer envión. En las siguientes, no pensó

en Jürgen (el primero), ni en Konrad (el mejor), tampoco recordó experiencias comparables (no pudo). Sencillamente se abandonó. Al treceavo día contempló como retoños, raíces que brotaban impetuosas desde no sabía exactamente, si del corazón, del cerebro o de dónde, le destripaban el pasaporte. Su asombro, cómplice de tal felonía, hacía de abono.

Tres semanas de zambumbia y de cumbancha dominicanos bastaron para despojarle el alma. La brasa purgante barrió con pescados podridos, amarguras de queso, rabias de cerdo, despechos de cerveza.

Quedó limpia. Nueva. Pura.

-En lo adelante -juró- seré reina.

Y cuando las noches dejaron de traer sorpresas, y los embustes le urticaron la paciencia, cambió a Daniel por Chiqui, por Alex..., por otros, y a todos por lo mismo, hasta que recordó el SIDA.

Al cabo de unos años, las ilusiones de Ramón dormían, zarandeadas por la ternura de Ximena.

La vida apacible (sanftmütig) lo llevaba sofocado. Le afligía haber visitado Leningrado, bailado en Berlín, peregrinado en Moscú, disfrutado de la compañía de auténticos intelectuales en Praga y no haber probado chenchen en San Juan de la Maguana, comido pipian en Villa Vázquez, bajado un plato de chacá de Gloria en Baní y desandado a petacazos limpios de Barceló.

Ximena, que no tenía esas urgencias, ni le inquietaban tan extrañas pependencias, no cambiaba por nada del mundo a sus pioneros del Kindergarten de la Heinrich Heinestraße. Tarde o temprano -temía-, el cansancio le llegaría a Ramón. Así fue.

Sin decir nada, Ramón amarró todo, bajo la creencia, de que rápidas se digieren mejor las despedidas. Con Baikonur en el alma se dieron un último beso. Lloró y lloraron mucho, (estuvo al tris de arrepentirse). Se sorprendió (él se sabía sentimental) de hacerlo por algo concreto, y ¡coño!, tan minúsculo, próximo y mortal, como su Nenita. Hasta ese momento sus lágrimas eran exclusivas a los sufrimientos y causas populares. (Este incidente, según me confesó hace poco, aceleró su descreimiento de aquellos regímenes llamados socialistas).

En Andalucía se le vio llegá. Felipe González tenía la gracia de España y Ramón, ingeniero civil, la de sus camaradas para construir multos a obreros en las afueras de Córdoba. Las pesetitas le gustaron, por milloncejos más aún.

Sevilla donde se afincó por más tiempo, terminó reventándole los riñones en manielillos de morenas y cantaos. Los tíos de Camarón lo llevaron jondo.

Poquito antes, se espantó de café tan malo y ole chaval, leyó la gitana, a vé si te vas p'América a probá suerte, que la tuya en estas tierras se acabó, ole.

Dinero, por lo menos, le quedó.

Llegó a casa en Santo Domingo. A explicar porque no antes, a contar de aquello y sorprenderse de esto y de lo otro.

Con un hermano y un primo, para complacer a su madre, montó un negocio de repuestos: importar para vender aquí. Sin saber un carajo de maninfors, de puntas de eje y silibines, ni del mosquito, se fue de cabeza. No cayó preso porque un amigo en el CEA le colocó un último pedido y le pagó el 100% por adelantado.

Por complacer también a la familia le hizo caso a una mulata bocúa, nalgúa y pajonúa, simpática y bembetera, de oficio odontóloga, con quien se casó. Mala suerte le trajo, descubrió, y a los 18 meses justos, ni un segundo más, se divorció. Nunca se entendieron.

Ese, me confesó en son de desahogo la sacamuelas de sus vapores, es más complicado que el carajo; los hombres así terminan como los cangrejos: pisados por los carros en la autopista o en lata hirviendo. Ni su mai lo aguanta.

Ramón redecoró el apartamento a tono con su nuevo posicionamiento: soltero engagé.

Recalentó sus amistades en la ex-DDR, muchas de las cuales, al estar dirigiendo empresas al momento de privatizarlas, quedaron como dueños o crearon otras muy exitosas. Esos amigos y amigas le propusieron hacer negocios. El éxito fue inmediato.

Le bastó fax, teléfono, P.C. y secretaria. Tan sencillo como importar y exportar. Traer vajilla, vasos, cubiertos, bombillos y alambre eléctrico.

Y enviar lechozas, guineos, melones y aguacates.

Los padres de Ulrike, espantados por la prolongada ausencia de su hija, hicieron las paces para salvatelefonarle amorosamente. Amigas también le alarmaescribieron. Los argumentos parecían copiasacados de los noticieros de las ocho: indios alzados en Chiapas, negros sublevados en Haití, mulatos amotinados en Guantánamo, piratas cocaineros. Ruegopídenle que regrese.

Ella los tranquiliza hablandoles sobre Jakob, de las bellezas del paisaje y de la gente de Sosúa, dónde se había asentado.

-Para que entiendan -les dijo-, aquí es Oktoberfest siempre. Jakob era un judío alemán para quien Ulrike trabajaba entre quesos, panes y mermeladas y visitas a hoteles y restaurantes. En cuestión de meses se convirtió ella en otra nieta para este incansable madrugador.

Se hicieron buenos amigos. Ella lo alemanoactualizaba. El la dominicanizaba. A menudo se extraviaba Ulrike. No le encajaban los doble respuntes de la vida criolla. A sus 78 años, de los cuales casi 60 en el país, Jakob Wiessheim le alegraba saber que había encontrado una compatriota en quien trasvasar sus meditaciones.

-Como buena alemana que es, debo suponer que gusta usted del teatro - le dijo a Ulrike en una ocasión, cacheteándole con ternura la mejilla izquierda-. De manera que le será fácil comprender lo que le voy a advertir: Dios, mi querida Ulrike, es muy mal libretista por estas tierras.

Ulrike lo besó orgullosa, emocionada y le descompuso el pelo con ambas manos, con la sensación, recuperada mucho después, de que en ese preciso instante había traspasado las fronteras de la madurez. Mientras tanto, ¿qué era de la vida de Ton? ¿Fracasado el intento de escaparse en yola a Puerto Rico, ¿qué pasó después?

En las mismas. Buscando los centavitos. Intentando zafársele al destino. Perdiendo todas las apuestas. Pero las cosas cambian. No hay que perder la fe, se decía para consolarse.

Después de servirle varias veces en el muelle, Ton no resistió la oferta de Ramón y se convirtió en su práctico (chofer, agente de aduana e intérprete) en un país, su país, cuyas gentes, comenzando por el propio Ton, están locas por dejarlo todo y largarse de una vez.

Además, en la selección de Ton, importó mucho René, el magnífico René Del Risco Bermúdez, a quien Ramón no pudo agradecer en vida la compañía de su genio. Había leído en España, gracias a Juan Francisco Santamaría, Ahora que vuelvo Ton, el cuento famosísimo de René. Y este Ton era el personaje central, sólo que unos 25 años más viejo.

-Ton Melitón, cojo y cabezón, se ve que René te quería, porque de un hombre tan feo como tú, no se puede, ni se debe escribir -choteaba Ramón cuando el buen humor se lo permitía-.

-Ese escrito tiene errores -le confió Ton tiempo después, cuando hubo confianza. Yo limpiaba solamente los domingos para dulces y cositas. Yo estaba apuntado en la escuela y me hice bachiller. Esa gente de ensanche iba al barrio a llevar ropita a los infelices, y yo los ayudaba a repartir, usted sabe, tiraban fotos para los periódicos y esas cosas. La mujer mía tiene una rumba de esas fotopostales donde se ven todos ellos: Fremio, Chumí, Honorio, Efraín y yo.

-Esas gentes -se lamentó Ton- parece que les fue bien por la capital; no volvieron jamás, más ni nunca se supo de ellos.

-Salomón, Juan y Fernandito sí que me siguieron buscando para ir a los cabareses. Cuando eso yo era impío. Después, siendo yo ya altagraciano (se persignó), les cogió a ellos con el comunismo; a mí me querían enganchar; les dije: ahí no me monto. Chumí, de loco viejo, se puso a hacerles caso, la policía lo agarró y le dieron una pela al pobre, que lo dejaron tullío; ahí está, vendiendo dulces y con la familia que no quiere saber de él. No quiero nada con políticos.

En el comedor de Virginia, en Abréu, Ramón vió a Ulrike y se volvió loco.

Ella andaba bien Jean Paul Gaultier: botas de guardia negras, medias deportivas blancas, pantalón corto fuerteazul botando flecos, camisa blanca con los hombros requetecaídos, remangada más arriba de los codos. Tomaba una cerveza sola.

Ramón no le quitó los ojos de encima por un buen rato. El pertinaz soplar de sus labios, irresistiblemente taurino o sensualmente bárbaro, para acomodarse los flequillos dorado-blancos que le caían sobre la frente, bastó para que Ramón entendiera de que estaba en la obligación de acercarse.

Cusa, la camarera, con el dato, le despejó la vía: alemana, trabaja en Sosúa, viene dos veces por semana a traer queso, mantequilla y pan blanco.

Visto el caso y ponderado el procedimiento, Ramón pidió para ambos camarones guisados en concha de centolla, fritos verdes y dos tragos de ron puro. Dejó a Ton en la mesa y se acercó.

En perfecto alemán, le dijo:

-Pocas pueden llevar unas botas con tanta gracia.

-¡Hey ! -se sorprendió Ulrike.

-Se habrá dado cuenta de que la observo desde hace un buen rato. Al principio la confundí con alguien que quise mucho.

Ella soltó una carcajada. Le pareció barato. Y evidentemente que lo era. Tanto que Ramón estuvo a punto de fracasar...

-Después caí en la cuenta de mi error, siguió diciendo Ramón.

Seguramente es usted actriz. ¿Es alemana la producción? Me gusta el cine. Fassbinder me fascina. Si necesitan indios me afeito la barba. Ulrike sonrió.

-Permítame ser su anfitrión -le dijo-, mientras se acomodaba en una silla de guano.

Ella aceptó.

En eso llegaron los tragos.

-Puro es mejor - brindó Ramón-, tengo la impresión de que seremos amigos.

-Un ossi -se dijo ella reconociendo el acento de los alemanes del estey cómo.

Mientras escuchaba, tuvo Ulrike la oportunidad de detallarlo. No era feo. Mulato, podía pasar por italiano o árabe. Llevaba camisa de lino crudo gris plomo, cuello Mao que le hacía contraste con su cuidada barba blanca, pantalones de algodón beige y mocasines color vino españoles, que calzaba sin medias. Los ojos, negros, le parecieron

muy pequeños; era lo único. Por lo pronto, no tenía barriga, las uñas estaban bien cortadas y limpias, y se veía despreocupado. A sus 47 años, Ramón podía ser su padre.

-Curioso -comentó para si misma. Una vez más el asombro hacía de las suyas.

Bebieron, rieron, siguieron picando toda la tarde. Ton aprovechó para darse una larga pavita.

Ramón se ofreció para mostrarle el país (contando con Ton) y antes de que se repusiera, Ulrike ya estaba en nómina como Gerente Comercial y sus motetes, recogidos en Sosúa, en el baúl del BMW, rumbo a la capital.

Se acoplaron bien. Todos querían. Las cosas marchaban bien.

Ahora iban por la Autopista Las Américas rumbo al aeropuerto, Ramón al volante, Ulrike, a su lado, preciosa: falda blanca plisada, blusa roja sin mangas, espejuelos de sol ovalados Giorgio Armani y unos mocasines dos tonos azul marino y rojo. Miraba sin prisas hacia el mar.

Conversaban. Ramón descansaba su mano derecha en el muslo de Ulrike. Con cómoda naturalidad.

Ton, en saco y corbata, estribado atrás, callado, aprovechó para perderse en inútiles divagaciones.

En las minucias del reconstruido inventario de noches ajenas, la del negro Daniel -pecado original- afloró en una trivialidad. No era la primera vez. De vez en cuando, sin ton ni son, Ramón traía a colación las primeras semanas de Ulrike en Puerto Plata. Ella misma le había contado, sin mayor valor y propósito anecdótico sus primeros encuentros en tierras americanas. Confesiones que resultaron ser una ingenuidad temeraria en el bravío Caribe.

-No soporto -insistió Ramón- el desparpajo de tus recuerdos.

Una vez más rió ella complacida, aunque se permitió un leve gesto de incomodidad. Los celos es codicia le recordó ella, e ironizó sobre su mejor acento obrero. Y es que Ramón siempre hablaba en alemán reivindicado desaparecido.

Y haciendo de sus dedos índice y mayor una tenaza, Ulrike le prensó tierna la nariz. Tomó su mano, la besó y le dijo:

Me siento bien contigo, no lo estropees con tonterías.

Rato después, desde lo alto vio una yolita faenar todavía cerca de la costa.

Ton se acomodó en el asiento y se pellizcó la mano izquierda. Puede desabrocharse el cinturón señor, escuchó. Ya todos han bajado.

Bienvenido a Ciudad Mexico. El Capitán y su tripulación le deseamos una feliz estadía.

Chin no es mucho, pero, es algo.

A pesar de no haber salido nunca del país y visitado Santiago sólo dos veces en toda su vida, de no disfrutar de comodidades (el aire acondicionado no le gusta, vehículo no tiene), ni disponer de ahorros apreciables, don Memé se considera un hombre afortunado. Goza de una magnífica salud y de impecable lucidez; doña Mercedes, su esposa, conserva aún el carácter alegre de cuando la conoció; las hijas están bien casadas y los nietos, tres barraquitos juguetones, son muy embusteros con él. El mayor lleva su nombre, Moisés Manuel.

Es, además, un individuo con suerte. Don éste que se le revelara en su primerísima infancia cuando, estando en la Escuela de las Amiama, se vio ganar en casi todas las rifas que se organizaban. Unos nacen con inteligencia, muchos con disposición al trabajo, pocos con ambas o sin ellas (pero no importa, si heredan fortuna), don Memé nació con suerte. Así de simple.

Esta íntima convicción de estar favorecido por la suerte, de contar con ella, lo ha acompañado siempre. Y uso ha hecho de ella, tanto como le ha urgido, sin abusar. Porque a la suerte sólo pídale, me advirtió cuando nos presentaron, lo que ella pueda darle, no más. Toda la vida ha jugado don Moisés su decimito y quiniela regularmente. Hojas, cuando estuvo en buen puesto público. Fracatán ahora, por las impacencias comprensibles a su edad.

Vive de la renta que le proporcionan dos casas, una en la Arzobispo Portes, otra en la Nouel y dos apartamentos en Gazcue. Otros ingresos lo constituyen las notarizaciones de documentos, pues el Dr. Curiel-García es abogado- notario de profesión.

Puede decirse que se las ha arreglado para llevar una vida apacible, sin conflictos ni urgencias. Nunca he sido novelero, me explicó, y jamás he tomado dinero prestado, ni en banco, ni a nadie.

Tan pronto se levantó esa mañana a colar café, y sin haber leído el horóscopo aún, sintió que el día traería algo bueno. Despertó a Niña (la trabajadora), le llevó una tacita y el beso de los buenos días a doña Mercedes y se sentó en el borde de la cama a tomarse el suyo.

53 años llevaba esta rutina, los años de casados y los mismos de haber llegado Niña a la casa, por primera vez, desde Hato Mayor.

Doña Mercedes, en lugar de sentarse, saborear el cafecito e incorporarse para el aseo imprescindible, como era su costumbre, se dejó caer rezagada para pedirle a su marido que la abrazara. Que le diera un cariñito. Don Moisés la complació sólo brevemente, pues debía calzarse los tenis y ya estaba excitado con su propio hablar, apostaba a sus vaticinios, a sus intuiciones.

Listo para salir, colocándose la la gorra, notó que ella seguía hecha un caracol en la cama.

-El día está precioso y fresco Merceditas, camina -le dijo-. Vamos, que si se nos hace tarde, encontramos el molote en el Malecón. Después, si quieres, te acuestas de nuevo.

Con 7 minutos de retraso doblaron de la Padre Billini a la 19 de Marzo rumbo al Malecón. Se detuvieron unos segundos en la Cueva de las Golondrinas, caminaron a buen ritmo por la Avenida del Puerto hasta la planta eléctrica y, media vuelta, hacia al monumento Trujillo-Hall. En total 45 minutos, excelente digo yo, para los 79 años de él y los 73 de ella.

Regresaron como habían salido, el doctor Curiel-García con su habitual vitalidad desbordante, saludando al vecindario que recién se asomaba, ella con la tenue sonrisa y la naturalidad de cumplir con el sagrado deber de acompañar a su marido donde él quisiera. Habían tirado ya el pan y el periódico Hoy. Tomaron jugo de naranjas acabadas de exprimir. Don Moisés se metió al baño. Las hijas, Aída y Almita telefonearon a Doña Mercedes antes de irse a llevar los niños a la escuela y la entretuvieron contándole del diente de Gustavito y de los preparativos para el cumpleaños de Francine. No le digan nada a su papá, por favor, le pidió a cada una doña Mercedes.

- ¿Y todo eso, Merceditas? -se sorprendió don Moisés, al acomodarse la servilleta de tela sobre las piernas. Me serviste demasiado, no, no, ¡quítame!. Si me como ese plato de mangú, me voy al mercado a cargar sacos. Tú lo que quieres es matarme, para irte con un jovencito, yo lo sé, ¿Niña, verdad que sí?

-Ojalá -le respondió doña Mercedes- pero ya no aparecen como tú. Complacido por el elogio, don Moisés se lo comió todo; hasta un chin más -pidió-, un chinchin nada más, si no es mucha molestia.

Así era siempre. Lo que le servían -helado, buñuelos, jugo, cualquier cosa de comer- se lo encontraba mucho, pero pedía más.

Los jueves es el día más difícil de la semana para cobrar. Las promesas, el moroso, las reenvía para el viernes. Con un descuido y a esperar el lunes. Y quien sabe. Porque mientras haya viernes... El caso es que era jueves y necesitaba don Moisés un dinerito. El alguacil pasaría a las 2:00 a recoger los actos y 600 pesos. 80 pesos más para buscar el sello en Félix y los 500 pesos del san que no pueden faltar, porque ya llevaba desde el martes en la mañana entreteniéndolo a Mirta.

La libreta de teléfonos, guardada bajo llave en la gaveta superior del archivo negro, negrísimo, sólo la tuvo en sus manos cuando Mónica, la secretaria, regresó de visitar al médico, a las once y treinta. De manera que, tuvo que recurrir su memoria, desde las ocho que abrió el bufete, hasta ese momento. Por suerte tenía registrados algunos números de teléfonos en una hoja sobre su escritorio.

Jacobo, un viejo ebanista, sobrio todavía, le hizo la visita y antes de irse lo mordió con 20 pesos para una botellita.

Al amparo del toldo que da a la calle se mantuvo un buen rato observando, saludando las amistades que veía pasar y deleitándose con las jovencitas de abundantes carnes y generosas formas hasta que sonó el teléfono. Era la negrita a la que atendía ciertas tardes en el cuarto de desahogo, que nadie sabe de dónde la sacó, pidiéndole prestados 150 pesos para una receta de su mamá. Y de dónde, si apenas tenía 35 pesos, más 100 en el compartimento secreto.

Normalmente muy bondadoso con ella -la tengo colgada en el alma, decía en voz alta cuando la despedía, no pudo complacerla, aunque el trastorno de la mamá no debió ser de gravedad, pues a la hija se le notó sonriente al salir de la oficina el lunes siguiente al final de la tarde.

Falsa alarma concluyó cuando fueron las doce y se despidió para irse a almorzar. Ocho llamadas había hecho, en tres no estaba el inquilino (o la inquilina), en otras tantas que llamara lunes o martes y en dos que llamara mañana antes de pasar a buscar el chequecito. Don Moisés se había ponchado sin tirarle.

Ya había cruzado la calle cuando Mónica le dió una voz. Almita, la hija, al teléfono. Urgente. ¿Qué podría ser?, pensó y el corazón se le agitó.

O es algo muy bueno o muy malo.

En el teléfono palideció, enmudeció, se sentó en la poltrona y miró hacia el techo. Así estuvo buen rato. Sólo resuellos. Mónica, atenta y sin saber de que se trataba, era toda angustia; ya había ella considerado hablar con Almita y Aída para quitarle algunos casos, porque ciertas incomodidades, en cualquier momento, le reventarían

-Dios no lo permita- el corazón.

- Eso no se hace -dijo cuando pudo hablar-; es la primera vez que me pasa; tú debiste haberme llamado para recordarme. Está bien mi hija, no le diré nada. Esta noche, sí, hasta luego.

Resolló y miró a Mónica sin decir nada.

- ¿Dígame, si se puede saber -preguntó la secretaria- qué pasó? Estoy nerviosa.

-Mercedes y yo cumplimos hoy 54 años de casados y a mi se me olvidó.

Don Moisés se sacó la cartera del bolsillo interior del saco, extrajo la cédula, se fue al rincón, a la mesita donde exhibe las fotos de doña Mercedes, las hijas y los nietos, y con la foto hacia abajo, la colocó debajo del San Martín de Porres, su santo de confianza. Ayúdame negro -rogó, mientras le besaba la escoba al santo-, tú sabes que yo te cumplo.

Durante la sopa del mediodía, la sempiterna sopa (fideos, auyama, maíz, carne de pecho, papa, recaó, cilantro ancho y apio) no dió señales de recordar; es más, qué buena está hoy, dijo, manteniéndose jovial durante todo el trayecto del almuerzo; contando de las dificultades del día, de la escoliosis diagnosticada a Mónica, que la obligará a no usar más tacos altos.

Doña Mercedes, de por sí discreta y siempre atenta a las historias de su marido, tampoco hizo nada que pudiera interpretarse fuera de la más rigurosa rutina. Arroz con habichuelas, en platico aparte un poco de concón con salsa de carne por arriba, servido en platico aparte (el concón no manca en la mesa, salvo domingos y feriados de Niña), boliche mechado guisado, plátanos maduros con clavo dulce al caldero, ensalada de pepinos con puerro.

-¿Tarta de ciruelas? -se sorprendió Don Moisés-creyendo encontrar una

pifia afectiva en su mujer. Tú ves, yo deseaba esto hoy. Te felicito, es el mejor que has hecho en mucho tiempo. (Se incorporó y la besó en la frente).

- A Cusa, la vecina, es a quien debes felicitar, aclaró doña Mercedes, que la mandó para que probáramos. Además de quipes y moroquitos, va a comenzar a hacer tarticas y buñuelos para la venta. Yo me la encuentro buena.

Don Moisés, como es habitual, pidió que le guardaran un chin más si es posible para cuando se levantara de la siesta.

Merceditas puso sábanas recién planchadas, limpiaba la casa con la ayuda de Niña y de Rita la vecina; otras muchas mujeres también ayudaban. Botaban latas y latas de lavasa sucia a un río de aguas cristalinas que atravesaba la habitación; tanta que los patos salieron espantados. Una mujer embarazada paría en el río y de su vientre salía él, Moisés, chiquito con cuerpo de pez. Mercedes, joven y desnuda de la cintura hacia arriba, caminaba entre matas de plátanos, chinola y güandules floridos.

Ella llamaba y él no oía, pues estaba bajo el agua. Más adelante, era quien corría por la orilla del río y ella, sumergida, se paseaba ajena a todos sus reclamos.

A las dos menos cuarto se descubrió sentado en la cama, confundido. El sueño había sido un claro mensaje de San Martín de Porres. Sin duda alguna. Algo similar le había ocurrido en el 63 antes del Golpe de Estado a Juan Bosch.

Como descifrarlo era el asunto. Ciertas cosas estaban claras: había mucho 8, mucho 6, 9, 2,5, 3, quizás, depende, algún 1.

Combinarlos para construir los billetes se lo había dejado de tarea el santo. Pero eso lo haría más tarde en la noche o quizás mañana con La Sibila, porque él no podía esperar para jugar el domingo y cobrar el lunes. El dinerito lo necesitaba ya. Quizás la clave esté -creyó entender- en los 15 minutos dejados de dormir: 1+5 es 6 (mujer), Miguel (6) y parque (6): Comprar 15 fracatanes a Miguel en el parque.

Salió de la casa directo al parque. Allá estaba Miguel. Don Moisés prefería a Colá, pero a Miguel le había comprado antes, lo conocía bien. ¡Cómo no! Se guardó sus 15 fracatanes en bolsillo derecho interior del saco y caminó con la mano izquierda agarrada a la solapa;

así toda la calle El Conde hasta su oficina. Al llegar besó al santo en la cabeza, retiró la cédula y colocó en el mismo sitio (bajo los pies de San Martín de Porres) los 15 fracatanes doblados. Pasados 6 minutos volteó los fracatanes y los dejó bajo el fluído bienhechor otros 15 minutos más. Mientras, rezó un Padrenuestro, una Avemaría y la plegaria a la Bendita Piedra Imán (préstame tu talismán para ganar en el juego y adelantar en mi negocio...).

Luego, con toda la calma, reverente y ritual, raspó cada uno de los fracatanes, dejando para el final, siempre, la casilla bono. Nueve se pelaron; tres salieron premiados con 5 pesos, es decir 15 pesos; uno con 20 pesos, otro más con 40 pesos y en el último, el más jugoso de 500 pesos. En total 575 pesos. El santo había respondido.

No era mucho dinero para el regalo que quería hacerle a Mercedes. El asunto era saber si Dinorah, con lo narípará que era, entraba en negocio, si aceptaría tan chin de inicial.

A las cuatro -tal como había acordado- apareció su amiga joyera. De una bolsita sacó una cadena con un dije en forma de corazón, en oro 18 sudafricano, 39 diamánticos y 45 esmeraldas colombianas del orfebre judío Biswick. RD\$7,000.- pedía. Por si acaso también le mostró unos pendientes oro 18 también con dos perlas Mitaki 63. Muy delicados, con mucha clase, pero prefirió el dije. Quedaron en RD\$6,500.-; 500.- enseguida, 1,000.- el miércoles siguiente y 5 pagos de 1,000.-. Resuelto el problema.

-Ya tú oíste San Martín -dijo-, me metí en este lío contando contigo. Recogió el escritorio. Tomó su regalo y entró a la tiendecita de al lado para que se la envolvieran en papel de regalo.

-Preciosa Memé -exclamó doña Mercedes cuando abrió el estuche, lindísima para una jovencita, pero no para una vieja como yo. No te hubieras puesto a eso.

-Permítame señora - se excusó don Moisés quitándole el dije de las manos. Dígale a una de sus hijas que le traiga un espejo de la coqueta.

Colocado detrás de ella se la puso, provocando la admiración de todos. Te queda linda abuela, remató el mayor de los nietos, transformando el rostro de doña Mercedes en una encantadora sonrisa.

-Yo sabía- dijo, mientras se inclinaba para que Almita observara los detalles, que a Memé se le iba a olvidar con el lío de la casa de la calle El Conde. Eso sí, que si se recordaba, no me iba a ir en blanco, porque él siempre tiene su dinerito agachado. Preeeciosa, gracias, está lindísima Memé.(Le estampó un beso sonado).

-¡Ah y la de ciruelas... -siguió diciendo doña Mercedes- fui yo quien la hice para ti. (Se sonrió, pícara).(Ahora fue don Moisés quien la besó; van dos, le dijo).

-Sube, sube esa musiquita-exigió don Moisés a una de sus hijas. ¿Ustedes no han venido aquí a darme el pésame, verdad que no? Camina Merceditas.

Hizo levantar a doña Mercedes y, ante la risa de los nietecitos que no habían visto nunca a los abuelos bailar, se paseó por el salón al compás del danzón De París un caballero, orquesta de Antonio María Romeu, en la voz de Barbarito Diez.

La alegría bien valía 3 semanas sin comer concón.

Como Dios manda

Fei tiene mi edad y se muere de SIDA. Me lo ha dicho él mismo.

Rafael Morales Kreuz, mi compañero de curso, con quien compartí meriendas, excursiones al Pico Duarte, viajes a Santiago y a Barahona en bicicleta y putas en Herminia, está infectado y no lo podía creer.

Mi amigo Fei, sacerdote jesuita, tiene SIDA; no lo podía entender.

Andaba en sus menesteres, cuando nos vimos en Ferretería Americana. Entre zócalos e interruptores me dio la noticia. Se notaba tranquilo. Otros análisis estaban pendientes, me dijo, para confirmar.

Enseguida lo detallé. Comprobé que las fotos que había visto en la prensa eran viejas, porque Fei estaba en el hueso. Los ojos se me aguaron pero supe manejarme y no se notó. Calculé que sería el primero en morir de nuestra promoción.

Hacía años que no lo veía. Muchos. Sabía que se había ido a vivir a un barrio pobre en la capital y que, además de sus estudios sacerdotales, había estudiado sociología en la UASD.

Por los periódicos estaba enterado de sus reclamos a favor de desalojados. Medio comunista había oído decir que era, de la teología de la liberación y de la opción preferencial por los pobres. Su sotana es un jean y una camisa manga corta. Es que a Fei, usted lo ve en un grupo y no lo saca. No tiene pinta de cura. Su familia tiene dinero y su infancia discurrió sin mayores sobresaltos, sin traumas, ni complejos que curar. Tampoco en el colegio dio indicios, por lo menos que yo notara. En la universidad fue la cosa. Y ya en ese momento nos dejamos de ver.

Al despedirse en la ferretería me pidió que lo ayudara, que me dejara caer por el barrio. Cosa que hice muchas veces. Y no he dejado de hacerlo cuantas veces he podido. Pero, eso fue después.

Como era Fei el primer caso de un amigo con SIDA, pero además cura, y no sabía qué hacer, tan pronto volví a la oficina, llamé a Armando Rojas, médico hematólogo quien ya en una ocasión me sacó de apuros con un caso de falcemia.

Le conté lo de Fei y me invitó a pasar esa misma tarde por su consultorio. Armando estudió con nosotros, de manera que, después de la sorpresa y pesar naturales, se explayó, ofreciendo todas las explicaciones.

-Hay que ver - observó- si realmente tiene SIDA. Todavía se cometen errores. Hay lo que se llama resultados falso-positivos , que por la presencia masiva de anticuerpos, sugieren la presencia del VIH y no hay infección. Eso es lo primero. Segundo, no necesariamente por estar infectado del VIH tiene SIDA; Fei puede pasarse años sin que el síndrome se manifieste, depende del grado de exposición al virus y de su fortaleza inmunológica. Tener SIDA lo que quiere decir es que los anticuerpos que producen los glóbulos blancos no son efectivos contra el VIH, porque éste destruye las células T4. La capacidad de defensa es tan baja que el individuo puede morir de cualquier cosa, ¿entiendes?, hasta de una gripe.

El asunto era que Fei estaba visiblemente desmejorado, no salía de una gripe y todo le caía mal. Lo que no cuadraba por ningún lado era un cura con SIDA.

Estar flaco, tener gripe y diarrea no basta para decir que tiene SIDA - me siguió explicando Armando- puede ser cáncer, escúchame, puede ser desnutrición crónica; González, me dices tú que lo está atendiendo, vamos a ver que dice. Si lo contrajo así o asao no importa. El lo sabrá. Pero tranquilo, no te mueras a la víspera. Lo importante es confirmar, y si es verdad, nosotros ocuparnos de darle afecto, visitarlo, decirle a la familia que lo apoye, para que no se sienta abandonado.

El miércoles de la semana siguiente, poco antes de las seis, fui por primera vez al barrio. Encontré a Fei, al Padre Fei en jeans, poloshirt rojo y chancletas de listas negras, afanando como si nada. Vine a ver, le dije, a saber qué te han dicho, si te hiciste los análisis de nuevo. Me respondió que sí, positivo, con ese gesto nervioso que le es tan propio, de levantar los hombros y mover la cabeza como un pollo.

-El Señor es mi médico -me dijo sereno-. El sabrá porqué lo hace.

Ibamos caminando, nos habíamos internado por el caserío; mis zapatos estaban llenos de lodo, tenía la intención de devolverme, me hacía andar rápido, bajar y subir callejones que él conocía a la perfección. La gente saludaba, se agregaba, le informaba, él respondía, me explicaba.

-Yo sólo le pido a Dios que ilumine a mi gente, a Gonzalito; que me dé valor para llevar mi ministerio sagrado hacia adelante . Yo tengo fe en la infinita bondad de Jesús; la fe - besó a un niño y se lo pasó a una hermanita mayor- hace milagros. Oye, que te lo digo hoy, me moriré de otra cosa, pero no de SIDA.

Este hombre, mi amigo, el cura Fei, ve el mundo y sus cosas de manera diferente, distinto a usted y a mí. Sus modelos son Montesinos y Romero, el arzobispo asesinado en El Salvador; su vida, la del jesuita que encarna Robert De Niro en la película The Mission.

Razones simples las suyas, pero a la vez profundas. Obvias, pero a la vez extrañas. Por ejemplo: los seres humanos producimos riquezas con la esperanza de ser felices: tener casa propia, viajar, comodidades; él, en cambio, no ambiciona nada. Vive para servir, para llevar esperanza. No hay mayor felicidad para él que su ministerio sagrado. Según su creencia, la mejor manera de amar a Dios es amando al prójimo y sirviendo de puente entre Dios y sus hijos.

Prefiere trabajar entre los pobres, porque su desconsuelo y desamparo es mayor.

En temas delicados como la libertad y la sexualidad está a medio camino entre Washington y el Vaticano. Comparte la posición de sus obispos, pero con tolerancia. Atribuye vocación de contén a las posiciones de la Iglesia:

-Ayer mismo vino Gloria, una muchacha muy trabajadora, 20 años, a punto de parir su cuarto hijo, me dijo: Padre en esta me voy a preparar mañana. Le dije: si al hacerlo te sientes en paz contigo misma, bien; pero no dejes de consultarlo con El Señor esta noche antes de acostarte. Ahora, sea cual sea tu decisión, yo estaré contigo.

-Imagínate si le digo: sí, adelante, a todo el que venga: un desorden, una inmoralidad. No es fácil parir muchachos y no tener con qué alimentarlos. ¡Qué si lo entiendo! Aquí hay una clínica donde se venden condones, anticonceptivos y se ofrecen servicios de planificación familiar. No estoy de acuerdo, no puedo estar de acuerdo; la familia y el amor son ejercicios morales, pero respeto. Y exijo también que respeten los principios de la Iglesia. La democracia es respeto. Acepto que es mejor evitar que remediar. Y que a veces no hay remedio. Lo que tú no me puedes pedir, ni vas a oír salir de mi boca es anda, búscate un condón y fiesta. Mi papel es de agente de

reflexión; mi objetivo es que esta gente administre mejor su vida.

-Déjanos ayudarte -le insistí. Te conseguiremos el dinero para que te vean los mejores médicos.

-¿Gastar cuartos en un muerto -dijo- no vale la pena, déjense de eso, esos cuartos, si quieren, los utilizamos para darle desayuno a los niños del Centro.

Juré entonces no volver. Para no tener que mandarlo a la mierda. Uno preocupándose y el buen pendejo dándose importancia.

Adivinó o se lo dijeron, el asunto fue que a los pocos días me llamó a la oficina. Estaba bajito. Me dijo que la gente creyó que éramos hermanos, que varias preguntaron si yo estaba casado, patatín que patatán, búscandome el lado.

Me contó que el Centro lo inauguraban el lunes siguiente, que no dejara de ir, que por favor. Que allá hablaríamos de unas ideas que quería consultarme.

Fui. ¿Qué iba a hacer? No podía dejarlo solo, un hombre en sus últimas. Nos aparecimos Armando, Nelson, José, Edmundo y Frank. Y me alegro haber ido, porque descubrí otro mundo. Yo que pensaba conocer bien mi país.

Enseguida le cuento.

Fei y sus animadores han organizado a los vecinos y vecinas en 9 comunidades que, a su vez son dirigidas espiritualmente desde una Coordinadora. Fei es el jefe, el alma, el que resuelve todo. Sale a pedir, visita grandes empresas para que le coloquen su gente del barrio. Invita a los políticos para comprometerlos públicamente y a sus esposas para que aporten. Lo que tienen ahí es un gobierno chiquito. La gente trabaja, va a la Iglesia, participa en encuentros, en fiestas sanas y es solidario con sus vecinas y vecinos.

Reconstruyen ranchitos, diligencian tanques de agua, construyen letrinas, ponen tuberías, suministran lápices, cuadernos, brindan servicios odontológicos, pediátricos y ginecológicos y refieren a hospitales estatales. Y cuando se puede, la Coordinadora presta dinero para puestos de venta de pollo, triciclos o ablandar habichuelas.

En las 9 comunidades funcionan varias cooperativas de costura y colmados. Hay dos guarderías infantiles en las que la madre paga RD\$.25 diario para que le cuiden el niño o la niña hasta que ella regresa de trabajar. También existe un Comité que integra voluntarios y voluntarias a las labores de construcción, como contraparte a la ayuda de Amour de Dieu, la agencia cristiana belga que provee los fondos para el funcionamiento del Centro San Romero de América.

Para la inauguración del Centro se celebró una misa en la Parroquia.

La iglesia estaba preciosa, corazones colgaban, cintas rojas envolvían como canquiñas las columnas de concreto. En la entrada, una tela colgante anunciaba: Dios es amistad y la solidaridad caridad permanente. El Cristo en el altar Mayor, hecho de varillas lisas, saco de henequén y guayacán pendía de dos gruesas sogas con tanta ternura que movía a seguirle en humildad y solidaridad. Un Cristo de y para los pobres.

Los bancos, pintados verde limón y mamey; las sillas, rojas, azules bolita y amarillas pollito; las paredes a block y pañete visto comunicaban una humildad auténtica; en los laterales, más arriba del dintel, de gran colorido, un vitral componía y descomponía la luz en una procesión de hombres y mujeres de todas las razas que acompañan a Jesús en su resurrección. Hacía fresco, y el orden, a cargo de unos jevitos con peladas calientes, tennis supergigantescos y pantalones a media pierna, funcionaba de maravillas.

No cabía un alma más. Por altoparlantes se seguía la eucaristía.

Fei habló:

-Se recuerdan ustedes de ese viaje a Nueva York para recaudar fondos, que no pude hacer; aquella vez tuve que mentirles por piedad a mi mismo y por la misión que me ha encomendado Jesús. Ustedes saben que los gobiernos piden vacunas, exámenes para proteger a sus ciudadanos. Pues el mío de sangre dio positivo al SIDA; me han dicho que tengo SIDA, una prueba del Señor, (un quéee inmenso sacudió la Iglesia,) desde ese día le pido a Dios que me de coraje. (Comenzaron a asomarse las primeras lágrimas; Fei, que tenía en sus manos la biblia, no pudo enjugárselas, de manera que fueron visibles a todos).

Hasta ahora no me pasa nada. (Seguía llorando). Me siento bien. Mi caso es como el de Magic Johnson: llevo la enfermedad pero todavía no me ha salido... (alguien empezó, y todos, entre lloros entonamos:

*Señor has venido a la orilla,
no has buscado ni a sabios, ni a ricos,
tan sólo quieres que yo te siga;
Señor me has mirado a los ojos,
sonriendo has dicho mi nombre
en la arena he dejado mi barca
junto a tí buscaré otro mar
Señor sabes bien lo que quiero
en mi barca no hay oro ni espadas
tan sólo redes y mi trabajo.*

-No me pregunten como fue -siguió diciendo- porque no lo sé. Para los mal pensados, mi única novia es la Iglesia. (Risas). Ustedes lo saben. Lo único que les pido es que me tengan presente en sus oraciones, para que el Señor oiga sus súplicas y me conceda salud para seguirles sirviendo. (Seguíamos llorando).

Como las siervas las fuentes de agua,
así anhela mi alma el Señor,
tenemos fe...

A la salida, vestida de blanco de arriba abajo, desde el pañuelo hasta los tenis, una doñita inmensamente gorda e inmensamente prieta, con los ojos hinchados de llorar, abrazó a Fei, tanto, que poco faltó para dejarlo sin aire. Y para que los que estábamos allí pudiéramos oír, la doñita anunció:

-Te echaron Fei un guangá petró, pero San Miguel te protege. Morirás de viejo.

-Dios te oiga-respondió Fei sonriente-.

La gordota, oriunda de Matagorda, Baní, me dijeron después, es facultada y oficiante de lo que queda de la religión de sus ancestros esclavos. Dicen que roba misas y se llama Caridad. Panchita, su hija, le lava y le plancha a Fei.

A partir de ese momento tuvo Fei que soportar un calvario culinariofarmacopeico; presumía que en pocos días aquello terminaría. Pero se equivocó. Cada vecino o vecina, asumiendo tener la solución, seguía llevando, meses después, tizanas, untaos, pelas benditas con ramos y

también sopones.

Y aunque usted no llegue a creer en santos africanos, yo, que soy católico, tengo que admitir que suceden cosas que me han llevado a respetar sus misterios. A Caridad le agradezco no haber perdido 15 mil pesos que tenía depositados en el Banco Latinoamericano. Una vez fui a verla, a la consulta y el santo me mandó a decir que mis ahorros estaban en peligro. Saqué mis cuartos un lunes y el jueves irían!, cerrado el Latinoamericano. Así mismo fue. 500 pesos le dí de ofrenda a Candelo (San Carlos).

Con los niños, con los tiguieritos me enteré de muchas cosas. Están en el medio y nadie los nota, ven, oyen, descubren y cuentan con el detalle que les permite su fresca memoria.

Gracias a ellos me enteré de la dieta de pócimas y manjares que le suministraban a Fei. Té de jenjibre al levantarse, antes de la oración, con limón, cilantro ancho y un poquitín de azúcar. De desayuno: zumo de remolacha, bija, melón y miel de abeja, con algún vivere salcochado y un huevo duro. A las once: champola o dos limones dulces. Al mediodía: arroz con habichuelas, con mucho ajo y sin sopita, pollo sazonado con limón y sal o con bija si es guisado, nada de salsa de tomate, otras veces higado, y uno o dos cocos de agua.

En la tarde un vasito de jugo de jagua o de piña. Una taza de leche con pan tostado para la cena, acompañada por rebanadas de lechoza y naranjas partidas a lo chino. Antes de acostarse un té de lechuga, hoja de caña y orégano con una menta verde. Tres veces a la semana baños de hojas de guanábana, cundeamor y agua vencedora.

Días más tarde, Manolito uno de mis espías me alcanzó casi anocheciendo. La agarré, me dijo, venga a ver. Lo seguí sin hablar; al fin comprobaría con mis propios ojos el rumor. Nos acercamos por el callejón, por una ventana, de canto, curiosié un buen rato inventariando todo lo que había, aunque estoy seguro de que algo se me escapó: un altar con imágenes de Santa Ana, San Miguel Arcángel, San Carlos Borromeo, Virgen de la Altagracia, La Dolorita, una campanita, 3 refrescos rojos, una botella de miel de abejas, pañuelos blancos, rojos y verdes colgados en clavito, una copa grande llena de agua -según supe después- para espantar malos espíritus y otra con aceite, agua y un velón flotando, más velas, pedazos de cañas, cocos de agua y caracolitos.

Caridad estaba acostada bocabajo, inmóvil, con los brazos extendidos

hacia adelante. La puerta estaba junta. La empujé. Buenas noches dije para anunciarme, sin lograr ninguna respuesta, dos veces más dije, hasta estar totalmente a su lado.

-Tú qué haces Caridad? - le grito-.

-Eso te digo yo a tí; lo que se sabe no se pregunta. Hablando con los santos - dijo, mientras se iba incorporando- un despojo para el Padre. La Metré Silí (La Dolorosa) y Belié Belcan (San Miguel Arcángel) nos ayudan. Son trampas de Barón del Cementerio (San Elías). Con el Gran Poder limpiamos, Dios mediante.

En su jerga sagrada, ya de pié, delante de mí -hizo que me quedara-, con los ojos bien abiertos, sacó el pecho, se echó hacia atrás, batió los brazos, contorsionó la cadera, dió grandes zancos, repitió, repitió varias veces :

-yeyé per a tus bacurálé Belié, yeyé père gaté bacurálé domilé tuyú Miguelé.

Luego, incensó los santos con flor seca de higo, polvos de Metresilí y de San Miguel.

-Me tienes que ayudar, si de verdad quieres a tu amigo, -me conminóvuelve pasado mañana con una foto del Padre Fei, un pañuelo blanco, un coco seco, dos velas, una roja y una blanca, y un collar de pionías; en el mercado lo consigues. Oye bien: si no lo haces, el luá no puede evitar icú, tragedia.

-Metresilí, metré amie, bacurálé père a tus, yeyé ecú domí tuyú bacurálé.

El martes Caridad me recibió de blanco, lista para oficiar, con el brillantísimo collar de las 7 potencias; Rosarito también estaba, pero con el collar de frijolitos mamey con pinticas negras. El abaniquito estaba encendido, el altar igual, nada había cambiado, en el piso sí, había más cosas que no ví la vez que estuve: jigüeros con monedas, otros con dos líquidos y una vela y dos tambores.

A la foto de la graduación le hicieron un ron en la cara de Fei. Me la amarraron con una soguita al dedo meñique de la mano izquierda y el collar me lo colocaron naturalmente al cuello. Fui advertido que de mi obediencia dependía la suerte de mi amigo. Había que cooperar. Caridad inició lentamente paseándose a mi alrededor, intimidante, (no me gustó), giraba, Rosarito me ordenaba no quitarle los ojos de

encima, ¡qué agilidad la de esta gorda! A todo esto yo estoy de pié. Mi sacerdotisa y yo nos dimos varios tragos de ron a pico de botella. Al ratito llevabamos 3 botellitas. Rosarito también bebió y cuando lo hacía me soplabá un poquito en el cuello, como a los gallos; la carne se me ponía de gallina y fui animándome hasta cogerle el gusto y yo mismo a improvisar movimientos y pasos que fueron del agrado de Caridad y motivo de risas para Rosarito.

Después vino el juego de dados y muchísimos caracolitos. En un momento, Rosarito se colocó detrás de mí, me hizo sentar en una silla de guano y cerrar los ojos, masajé mis hombros, la nuca, estiró mis brazos, de atrás pa'lante, de alante pa'trás, varias veces. Después me dejaron tranquilo y fueron ellas quienes entonces repitieron oraciones, cantaron. Todo olía a incienso y ron. A decir verdad, no entendí gran cosa. Además, para que ocurran milagros hay que creer.

-eyé Belié pèr bacurále, pecao bacurále tuyú domí tuyú, me oíte, domí, domí tuyú ¿qué si me oíte Belié?! Jum, Jum..

Días después iba Fei con varios de la Coordinadora camino al Palacio Nacional cuando lo alcancé. A mi oficina llegó este fax anónimo, le entregué sofocado. Ahí cuentan lo tuyo, de los peligros que corre la población, (Fei leía con ojos nerviosos) dan el nombre y el hospital donde murió la supuesta culpable de tu infección. Armando y Frank me llamaron espantados; también recibieron uno.

Se detuvo, y apartándome del grupo, a solas los dos, devolviéndome el pasquín, me dijo confiado:

- No te preocupes. Así no van a parar la lucha contra los desalojos. Mi gente no se va si no es a un apartamento. Cuéntale a Caridad.

Diciéndome esto, se metió la mano en el bolsillo izquierdo cuanto cuanto, para mostrarme un collar con los colores del arcopris y un sobrecito en gamuza roja, donde guarda la oración, un resguardo.

-Me moriré de cualquier cosa, menos de SIDA.

Dedicatoria

A Lilliana Marchena
(1927-1977)

Amor sereno.

Big Bang de ilusiones vivas.

A Arístides Rodríguez Derrién
(1921-2001)

Porque la oportunidad es semilla
de felicidad y entregó más
de las que pudo.

Con Cariño

A Rosa Rita Alvarez Khouri,
Carlos y Lilliana Rodríguez Alvarez
queriaturas tan generosas
que me hacen sentir importante.

Tengo para decirle

Inseparables compañeras la verdad y la mentira.

Una buena, otra mala. A veces tan mala que llega a ser mala de
verdad.

*No digamos jamás la mentira,
no engañemos a nuestros papás,
pues la cosa más bella de un niño
es cuando sabe decir la verdad.
Canción Infantil*

Desde niños vamos aprendiendo a ser lógicos en el razonar, rectos en
el andar, con la ayuda de verdades y mentiras.

Cuatro es la verdad de dos más dos. Santa Claus deja regalos: la
verdad para los niños que se portan bien. Morir, verdad que los
nacidos no queremos ver llegar.

*La mentira es una aberración lógica:
Si $A = B$ y $B = C$, es una mentira que $A > C$*

Fundamentales, científicas, mondas y lirondas, dulces y amargas,
verdades hay para todos los gustos y sustos: simples, increíbles,

felices, necesarias, propias, dolorosas, y para estar a la moda, hace ya un tiempito circulan, con mucho éxito, las medias verdades.

Mentiras se producen por montones, y si ahora menciono algunas, las lanzo con todo y comentario: ¡Qué lamentables son -póngase a pensar- aquellas que, pronunciadas con inocencia y desparpajo, decimos por ignorancia!

Comprensivos, compasivos hay que ser con las mentiras hijas de la necesidad. Y es que al pobre razón le asiste cuando advierte que la necesidad tiene cara de hereje. Sin embargo, atentos y severos es menester comportarse frente aquellas movidas por el oportunismo, aunque la practiquen los mismos atletas que la condenan. Tres he dicho: por ignorancia, por necesidad y por oportunismo. Pero hay otras, lindas, simpáticas y divertidas. Son aquellas mentirillas que nos hacen sentir bien, las que celebramos con una sonrisa: las de la pasión y las del amor. A quienes, a veces, por descuido, se les cruzan las del desamor y vaya usted a ver lo mal que termina aquello.

*No digas mentiras en perjuicio de tu prójimo.
8vo Mandamiento Cristiano*

Hijas de la apreciación, dictadas bajo el influjo de la cotidianidad y de la memoria popular, reconocidas o desmentidas por la ciencia y por la historia, la verdad y la mentira desandan los caminos de nuestras vidas en un quitatetúparaponermeyo de secular obviedad, con el compulsivo propósito de catequizarnos sobre el bien y el mal.

Tres virtudes, parece ser, califican verdades y mentiras para tan obsesivo afán: experiencia, sabiduría y sentido de la oportunidad. Están a tono con la modernidad, diría un observador social; son eficientes y hasta ejecutivas. Zanja disputas; compactan colectivos humanos; inspiran hermosas acciones; consuelan corazones; aunque también, otras veces, propician brutalidades enormes.

Distinto ocurre con la pequeña verdad y la pequeña mentira, las que llamo, para distinguirlas, petites politiques, el pañete con frecuencia inadvertido por los historiadores y que tanto entretiene. ¿Se acostó o no se acostó Lady Di con el jinete James Hewitt? ¿Es Coca Cola mejor que Pepsi? Cada cual tiene sus verdades y sus mentiras para entretenerse e identificarse.

La democracia, he oído decir, consistiría en eso, en organizar la tolerancia; en permitirle a los ciudadanos la iniciativa de comprar o

producir verdades y mentiras, sueños, esperanzas e ilusiones; esas de las que viven ideólogos, mercadólogos y profetas. Y consumirlas hasta que quieran o crean ser felices. Que sea tonto o inteligente poco importa: son útiles y necesarias. Al menos, eso advierto en millones de mujeres que se maquillan. Las personas disfrutan con sólo saberse libres y pretenden que las dejen serlo.

Ciertamente, los cambios ya no asustan ni quitan sueños, pues mis conciudadanos han conseguido iluminarse por cuenta propia y llevan algún tiempo sorteando el insomnio. Por fortuna para la convivencia civilizada, en la gente prevalece el optimismo y cierta alegría práctica de saborear los cambios o de mutarlos a su favor.

Lo curioso de los tiempos actuales es que mientras surgen y se globalizan nuevas verdades tecnológicas, comerciales, médicas, artísticas, que acomodan espléndidamente nuestro diario vivir, no pocas mentiras, archivadas hará ya buen tiempo como antigüedades, han vuelto por las pasarelas, convertidas en supermodélicas y arrebatadoras verdades. Ambiciosas, descaradas, han lanzado sus celos destructivos contra la paz y la solidaridad, apadrinando chismes y fogatas.

Cuestión de parecer, afirma el cirujano plástico. De ser creíbles, anota el publicista. De conveniencia, justifica el político. Aburridos, jamás.

El big bang de la mentira piadosa

Hasta los 10 años mis recuerdos se conservan en blanco y negro. El color vino después, con la adolescencia. En el más caribeño sentido de la palabra. Mi catecismo lógico, de repente, hizo crisis; sin avisar.

Momento que mi madre entendió oportuno para iniciarme en la mentira piadosa. La única entre las mentiras -a su decir de católica practicante- concebida por amor a los demás y por tanto tolerada por la Verdad. Que no es poca cosa. Recurso dialéctico que mi confesor jesuita -ante la púber insistencia- autorizó, con menor entusiasmo aconsejó, siempre y cuando los fines lo justificasen y, cuidadito que Dios te observa, fuese empleado con moderación.

La revelación materna fue un auténtico big-bang epistemológico. Como licencia para conducir. Pero más. ¡Uf! mucho más.

Más tarde supe que todos los seres humanos, en algún momento, somos iniciados en el rito del día más claro llueve, o decimos misas porque -a Dios gracias- más se perdió en el Memphis. Me refiero a

aquella frase compasiva, del gesto deliberadamente amoroso y, en unos casos, del consuelo. De la verdad mediatizada por el cariño, de la ilusión que regala esperanza, que se sitúa, por su profunda vocación de servicio, por encima de la verdad llana o de la franca mentira. Que es universal porque ignora las fronteras del saber y del proceder. Y a la que sólo una intención teleológica le importa: la felicidad de los seres humanos, y, ñoña al fin, se acurruca en la más productiva de las fantasías: el amor.

La *mentira piadosa*, mi protagonista, es además inteligente y traviesa. Protege a los que gustan curiosear y curcutear la vida, a quienes convida con didácticos propósitos -claro está- por vericuetos, entresijos y callejones. Y allí, con más ofrenda que una sonrisa, la despoja de simplezas, haciéndola real.

Orisha, misterio de la creación artística, bajo sus fluídos, las ideas y sentimientos devienen bellos y divertidos por un momento o para siempre.

Por su gracia también conocemos la fuerza de la ilusión. Porque los ismos, aquellas ideologías, filosofías, religiones, todas esas creencias que nos hemos formado sobre tantas cosas, además de portadoras de verdades de todo género y trascendencia, son el cálido refugio de bellas mentiras piadosas.

Lamentablemente, los seres humanos -para descrédito de la especie- insistimos en sacralizar la verdad y en satanizar la mentira, decretando cateos a la conciencia. Los resultados están ahí, devastadores, terribles: parálisis del espíritu, pérdida de tiempo y mucha mediocridad. Millones de muertos también. ¿Ignorancia o fundamentalismo? Ambos.

Agradecido de aquel gesto materno que me ha regalado tantas alegrías y serenidad, he agrupado estas historias bajo el genérico

Mentiras Piadosas, pues todo relato, por su condición de ficción creíble entretenida, es una piadosa mentira tanto para el autor como para sus lectores.

Las historias que tienen en sus manos recojen vivencias propias y ajenas, tan queridas, que no quise dejarlas olvidar. Naturalmente, en algunas por cariño, en otras por expresa solicitud de mis fuentes, sustituí lugares, fechas y nombres, conservando intacto el atractivo de lo vivido.

Ellas, ellos, los verdaderos actores -me temo- reirán sorprendidos, en su más pudorosa e indulgente privacidad, al reencontrarse aquí con traje y maquillaje desconocidos y perdonarme la impostura.
Santo Domingo, diciembre 1995 y agosto de 2004.

Dime que ya eres libre

Mi relación con Consuelito va para más de 40 años, aunque yo viva en Madrid y ella haya muerto.

Recuerdos tengo que me bastan. No envejecen, ni desaparecen. Pueblan mi alma de lúcidas determinaciones. Porque Consuelito, antes ni después, me ha hecho quedar mal.

Murió de cáncer. Cáncer de mama. Mientras más tarde lo detecta usted, más pronto pasa a otra vida, nos dijeron. Ni los mejores médicos con sus quimias, ni las más abnegadas monjitas. Ni las más puras oraciones, ni el cariño de todos nosotros. Todo se hizo, nada se pudo. Cansada de dolor, convencida de la inutilidad de la espera, pidió morir. Que la dejásemos ir.

*Canta pajarito
canta tu canción
cántale a la nena
de mi corazón.
Dile que la quiero
que no puedo más.
(...)
Si acaso te pregunta
que si la olvido yo
abriendo tu piquito
mi lindo pajarito
me le dirás que no.
Danzón.*

Le encantaba Barbarito Diez. Beny Moré y Pipí Franco. Jorge Negrete y Rafael Colón. La música la envolvía. Había que oirla cantando.

No he conocido nadie tan entusiasta y que disfrutara la vida con más propiedad que Consuelito. Con todos se llevaba bien. Nunca he escuchado un comentario descompuesto sobre ella. Un encanto; de pocas amigas, pero muy queridas.

Me levanté pensativa, quiero escribir, soñar, volar proclamaba un día cualquiera. Ya sabíamos que inundaría la casa de danzones y boleros, arreglaría el patio y prepararía lindos arreglos para cada uno de los floreros. Si caía domingo, iríamos al cine. Otras veces llegaba Mama Teresa, a quien sólo conocimos, ella también, por una foto en latón.

Seamos atentos con ella, requería, antes de arrancar con la

cumbancha de guarachas y merengues. Estos eran los mejores días de la semana: hacía buñuelos de yuca, matagallegos de crema o de chocolate, o brazo gitano de guayaba.

Ayer, Pá Joaquín y yo le llevamos unas azucenas a su tumba. Al rato de estar allí, cerca de nosotros, a poquísimas tumbas de distancia, unos zacatecas que salcochaban unos víveres, encendieron un radio potentísimo al que pusieron a sonar uno de esos merengues tontos de ahora. Bestias.

Nos fuimos para evitar. De nada hubiese valido que protestara. A Tío Joaquín le afectó. Mucho. No me dijo nada, pero lo noté. Estuvo un buen rato ido. Lejos.

Fui para complacerlo, porque los cementerios nunca me han gustado. Bueno..., a nadie. Lo que quiero decir es que..., me pregunto ¿por qué encerrar y abandonar al ser querido en el momento de su mayor indefensión? O lo dejas volar (polvo eres y en polvo te convertirás) o guardas sus cenizas en un cofre que colocas en un modesto altar de la casa.

La muerte es cosa privada, he creído siempre. Callada y respetable, además. De muy mal gusto me parecen esas esquelas mortuorias, frecuentes hoy, que mendigan pésames, o condolencias que andan tras negocios con los sucesores. Los muertos, que me perdonen, no son marcas para anunciarse.

Lo trascendente de la muerte es la vida; que nuestros muertos vuelven convertidos en ángeles de la guarda para protegernos.

Aunque realmente no es así. Es un decir que mucha gente repite sin saber. Yo misma, a veces. La verdad es que las almas nunca se van.

Sucede que la materia se energiza en un movimiento similar, por su intensidad, al que se someten ciertas estrellas cuando devienen hoyos negros.

La comunicación con el alma o blackhole se logra a través de la fe o amor tranquilo; sabes que está ahí, de hecho la sientes, pero, como fenómeno, no hay manera de medirlo, ni de establecerlo.

No son tonterías como cree Xavier. Me he preocupado por investigar en bibliotecas especializadas y asisto cada martes a las tertulias de la Sociedad Almas Migrantes, institución a la que pertenecen

renombrados científicos españoles como don Jesús de la Hoz y Pérez.

Pura ciencia física. Tanto es así, que varias personas han intentado contactos sin amar de verdad, por curiosidad, o para fines mezquinos (hacer maldades o conseguir números de la Lotto) y les ha sobrevenido una tremenda jaqueca. Así es.

Si la vida tiene sus leyes, ¿por qué no ha de tenerla la muerte? Otra cosa comprobada: para comunicarse es preciso crear un clima adecuado; en Europa lo usual es alcanzarlo a través de Mozart o Chopin; conmigo han sido particularmente efectivos los danzones con Barbarito Diez y Entre Pinares, cantado por Rafael Colón.

A nadie he querido más que a Consuelito. Tanto la quise, tanto la quiero que, en algún momento, medio depre, antes de conocer a Xavier, llegué a preguntarme si podría amar a alguien más. Fuimos, somos, grandes amigas. Aún con la diferencia de edad, y ser yo su hija de crianza.

Hablamos siempre. Mejor dicho: ella hablaba (no se callaba) y Abelardo y yo escuchábamos embelesados. Eramos el auditorio. El único.[Mis otros hermanos, Enrique y David, entonces, estaban ya en la universidad. Abelardo fue la ñapa tardía y yo un regalo de su prima Margarita. Mamá la pobre me entregó, porque después de parir dos hembras y dos varones -yo soy la última-, papá se fue en un barco (imaginario) hasta la fecha].

Consuelito también recitaba. Se volvía una melcocha leyéndonos las Rimas de Bécquer. (Conservaba un ejemplar, regalo de sus quince). La risa era con Quevedo. Nos leía cantidad de cuentos (algunos los inventaba) y música, mucha música.

Vine al país a estar con la familia, con mis hermanos, en especial con Pá Joaquín, a quien noto muy achacoso y de paso, aprovecho para vacacionar unas semanas. Xavier y yo decidimos quedarnos unos días en casa de Abelardo y Kitty en la capital, y el resto, en el chalecito que construimos en Las Terrenas, ¡y vaya sorpresa!, descubro que van adelantados los trámites para vender la casa de la familia.

Quisiera venir con más frecuencia, pero las ofertas de los charters nunca coinciden y si no es así, con lo devaluada que está la peseta, ni pensarlo. Me va bien (quién sabe hasta cuando) como odontóloga. Pero, las cosas en España se han puesto bien difíciles con esto del

paro.

Xavier y yo nos hemos asentado definitivamente en Madrid gracias a sus padres, que nos dieron una manita para la compra del piso. Y - gracias a Dios- somos una pareja estable.

Me han puesto a firmar los benditos papeles para vender la casa, pero siento que algo me dice que no debo hacerlo. Seguramente Consuelito haciendo de las suyas. Y si es así, no puedo contradecirla. Al fin y al cabo son sus recuerdos.

Mucho menos para que levanten un edificio de apartamentos. Que unos recién llegados del campo, que no saben comer en la mesa, que no le tienen cariño a la capital, sencillamente que no saben lo que es Gazcue, sólo porque venden barsa de plátanos y pilas de arroz, se atrevan a desbaratar nuestra casa. Con Joaco y Gume adentro. Eso es el colmo. No lo permitan. Ni por los millones de chanflin.

Mi comunicación con ella es fluida, como ahora, que acaba de irse. Desde que llegué al país la sentí. Vino. O estaba aquí. Lo noté enseguida. Consuelito está en todo. En misa y repicando las campanas. Por eso me choca que quieran vender la casa así, apresuradamente.

Lo raro, es que esta mañana Consuelito o el alma de Consuelito (usted dirá que estoy loca) me acompañó al mercado a comprar unas catibías y no me insinuó nada. Nada. Por ella bajé a la Nouel a conseguir pan de Goyita, y hace años que no existe esa panadería.

También hicimos el viaje a Manresa - un pleito tuve con Xavier por eso- detrás del helado de nata de leche. El bendito helado, dijo la dependiente, no se fabrica desde hace más de 5 años. Para mí que Consuelito lo sabía, pero insistió. ¿Por qué? No me atrevo a hacer conjeturas. Ojalá tenga la sinceridad de decírmelo.

Esas son las cosas, digamos propias de su estado, que desaniman a cualquiera. Consuelito desconfía, cree que le miento, que le escondo las cosas para no complacerla. Poniendo a prueba a uno. Como si uno fuera todavía muchacha. Y ya no estoy para estos juegos.

Desgastan y no conducen a nada. No sé de cuantas formas más habré de explicárselo. Ya lo había observado Abelardo -que también se ha mantenido en contacto con ella-, que desde su muerte, el carácter, poco a poco, le ha ido cambiando.

Y parece que es verdad; tiene lógica lo que dice Abelardo, pero no debería ser así. Como ahora es libre, como ve las cosas, digo yo, desde perspectivas desconocidas, también la inmaterialidad, Consuelito se muestra más segura de sí misma. Pero también un poquito intolerante.

Y no debería ser así.

Ella que embauló sus ilusiones, sus estudios de farmacia, que prefirió mil veces no tener razón frente a Pá Joaquín, teniéndola, ha perdido la serenidad, despojándose de la sabiduría que la acompañó siempre.

Esa mujer que durante años, mientras estuvo viva y casada cada viernes arrancaba a freir un rosario de empanadas y fritos; que picaba glaciares y le retorció el cuello a infiernos de ron; guardada por mil candados indiferentes, detenida por desvelos de cordura, ahora se está comportando como una adolescente, temeraria.

No lo entiendo. Y no debería ser así.

Ella que bordó de silencios y disfraces el momento de una tardía felicidad: No te preocupes Sara, me consolaba, cuando, viéndola llorar, yo también lloraba, algún día se cansa; ese es el destino de las mujeres, esperar que los hombres se cansen; mientras nos toca ser felices con los hijos, con los nietos.

*Te odio y sin embargo te quiero,
te odio y no puedo olvidarte.
No puedo vida mía explicarte
como es que si te odio te quiero
y te adoro y padezco por tí.
Mis noches son tristes, me ciegan los celos
quisiera matarte y besarte a la vez,
el odio es cariño, no me cabe duda,
porque te odio y te quiero a la vez,
y no vivo sin tí.
Danzón.*

Esa mujer, que así hablaba, pensaba y razonaba, de repente, se ha vuelto mundana.

Y no debería ser así.

A todo esto Pá Joaquín no dice nada. Pero me temo que esos achaques, no dudo que esas irregularidades con la presión, se deban a eso. Ahorita se nos muere para no molestar.

A decir verdad, vender la casa con Pá Joaquín y la pobre Gume adentro, es una barbaridad, independientemente de que se les mude a ambos a un apartamento lujoso cerca de Enrique.

Esta mortificación, esta angustia que me ha sacado ojeras, este dolor en el cuello que se ha apoderado de mí desde que llegué, no es casual; estos métodos de imponer criterios, estas maneras tan poco civilizadas de Consuelito y de Enrique de querer obligarme a hacer las cosas, de indicarme lo que tengo que hacer, no pueden ser. De alguna manera tienen que entender que las cosas así no funcionan.

Yo, que pensé que estas situaciones se habían acabado para siempre, que he venido a disfrutar, verme sometida a esto, entiendo, pero, ¡coño!, hay formas.

Consuelito debe ensayar otras más persuasivas y Enrique, ponderar mejor las cosas, porque quizás tenga ella razón: la vida sin recuerdos no vale nada.

Me marcho y san se acabó: ni firma, ni quejín y esto que les cuento, dice fin.

Eso le pasa a cualquiera

Medio país regresa en diciembre. Mi hermano también, a quien fui a recoger una noche a Puerto Plata.

El vuelo venía retrasado. A las 12 seguro, prometieron. Eran las 10 cuando llegué.

El aeropuerto estaba encendido. Tres conjunticos populares alegraban al gentío. En los bancos, el más chillón apaciguaba un vuelo de alemanes; los otros dos, en la puerta, distraían a los de aquí. Melodías de Raulín, ron y cerveza.

*voy pa' Nueva Yor',
a buscar a mi hembra,
voy pa' Nueva Yor'
a buscar a mi hembra
que se la llevó ese tiquerón
que se la llevó ese hiquerón*

Llegó, no llegó; salió, pero no ha llegado; llega en 20; llegó, pero no han pasado aduanas. No se sabe a quien creer.

A las 12:30 estaba desesperado. Un calor terrible. Un desgraciado le da unos pesos al acordeonista y rompe a cantarle a una chamaca de ojitos galanos.

*Yo llevo una pena en mi corazón
yo llevo una pena en mi corazón
se fue mi prieta para Nueva Yor'
se fue mi negra para Nueva Yor'
y la fui buscando y no la encontré
y la fui buscando y no la encontré
estaba bailando con mi amigo André
estaba bailando con mi amigo Andréee.
(Risas)*

¿Taxi? me dice uno; un jodó, un hambergue yo se lo buco, me garantiza otro. Una mulata hablándome en inglés me regala su sonrisa (no presté atención a lo que dijo). Le respondopiropeo en el idioma nuestro y se pone brava. Anuncia -presumo que por despecho- que todos los vuelos vienen atrasados: hay tormenta en Nueva York.

A mi alrededor todos ponen cara de qué le vamos a hacer. Yo también.

Total.

Miguei, Miguei; buscaban a un tal Miguel. Lo supe mejor que nadie.
Mi tímpano derecho...mucho antes.

Cerveza y refresco, cerveza y refresco a boca `e jarro ; una señora me
ensucia la mano con catchup; no es nada le digo, en pose doctor
Merengue. Estoy salao.

En situaciones como ésta -según he comprobado- lo mejor es moverse
de un lado para el otro. Da la impresión de que evoluciona y, nada
despreciable, descongestiona las várices. Pero ya me dolían las canillas
y los pies los tenía como dos panecicos. Pasaban de las 2:30 de la
mañana.

A esa hora éramos más de 30 pulseando por ver a través de la puerta
semiabierta. Le paso 20 pesos al policía que bloquea la puerta para
que me deje pasar; así sabré si vino o no vino, para irme enseguida.

Un capitán se aparece masticando un pedazo de chicharrón y media
torta de cazabe; zuapea con mi socio. Todo el mundo para atrás,
ordena. Por señas entiendo que me aguante.

*Yo tengo una mujer que me quiere de verdad
Yo tengo una mujer que me quiere de verdad
porque de lo que ella tiene, ella me da la mitad
porque de lo que ella tiene, ella me da la mitad*

Comienzan a asomarse los recién llegados. Salen, saludan y vuelven
para adentro.

¿Traerá el estereo?, ¿las muñecas son para quién?, ¿ustedes vieron el
televisor que le trajo Patria a mamá?, ¡a frío que hace cosas, miren, se
le arreglaron los moños a Margarita!

Mamá si le molestan, quíteselos; tenga, póngase estas chancletas
mías. (Somos felices).
De mi hermano nada.

*Yo no sé lo que voy a hacer con esa morena mía
Yo no sé lo que voy a hacer con esa morena mía
ella me da cariñito por la noche y por el día
ella me da cariñito por la noche y por el día
Ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,ay,auunn.
(Aplausos. Dos están fajados bailando).*

Una gorda en abrigo, gorro, bufanda y tacos se acerca contoneándose, ¡qué cara tan simpática!, me digo yo, saluda a mi vecina, estaca los ojos hacia mí y exclama: Pin el de Minga, muchacho, no te estaba conociendo con ese bigotazo. Me besuquea. Me aprieta... (Se me escapa la cara de idiota). Me zafo. ¡Ay perdón! (Risas).

Desde la puerta me hacen señas, me acerco y me pego al vidrio. (No se ve absolutamente nada).

Al enano ese, échelo para atrás, gritaron desde atrás y es a mí a quien se refieren. No hago caso: creo que he visto a mi hermano.

-Ese señor viene de la Presidencia -argumenta el policiíta de la puerta- aún bajo los efectos de la moneda.

Guay, Guay, no empujen, grita la gente. Tremendo molote. Otra vez. Aprovecho y entro. Relojeo. Allá está, con la camisa roja, mi hermano. Un abrazo. Las consabidas preguntas y respuestas. Todo bajo control.

Ahora, a ubicar las maletas.

Seguían saliendo de migración.

Otro vuelo con turistas españoles. Uno más de alemanes. Chorizos de España y Tam Tam Reisen dicen los carteles; los germanos para Playa Dorada, los hispanos en onda ecológica para Las Terrenas.

De repente (asombro), retrasados, pero del mismo vuelo de Nueva York, esto: un mujerón, 25 años, no más, 5 pies 9 pulgadas (+ o -), blanca, blanquísima, bocota Marta Sánchez, labios rojos, rojísimos, cuerpazo, pelo negrecito, lacio, a la altura de media espalda, envuelta en saco pantalón de chiffon blanco con motas de colores lila y grisáceo, asemejando suaves brochazos, zapatos bajitos de cordones blancos en piel de cabritilla, elegante, elegantísima, avanzaba abrazada de un hombre, ligeramente más bajo que ella, que le doblaba en edad, facciones finas, tez quemada por el sol, con bulto de mano, traje crema de seda sin corbata, al cuello cadenas y medallas de todos los calibres, zapatos de dos tonos marrones, uñas barnizadas celosamente, bigote dibujado, peinado para atrás con un wet look de inconfundible lliquería. Señoras y señores: un dominican york de la más pura estirpe. Ella: una máquina. ¡Cuánta gente y cuántas maletas! Microondas, televisores grandes, pequeños, Trinitron, planta eléctrica. Una maleta rota botando ropa en

uno de los tramos.

Han confluído 3 vuelos. Saque usted la cuenta de la gente que había, siendo un pequeño aeropuerto.

Los maleteros conoedores y atentos de todo cuanto pasa por la terminal, entienden que con la pareja dispareja, el dominican york triunfador y la Máquina, ha llegado el momento de cuadrar el día.

Como zánganos corretean; llevan tragos, se invitan, hacen coro, informan, ubican, llenan papeles, hasta una tambora majaretean, que el triunfador toca en honor de su amada y gozo propio.

Un olor a longaniza y fritos verdes inunda la sala. Me dan unas ganas terribles. Mi hermano no se arriesga. Acepto, para no descriarme. En aquella exasperación, sólo las mujeres están pendientes a lo suyo, los demás al triunfador y a la hembrota. Se han robado el show.

El Capitán se les acerca ceremonioso.

-¿De luna de miel? -se interesa-.

-Másomeno. Ella quiso casarse aquí, era ei guto d'ella. Sofía: conoce ai Capitán...

-Molina, Sergio, Ejército Nacional, a sus órdenes para cualquier cosa, estamos para servirle.

*Si todita la mujere' fueran como mi morena
si todita la mujere' fueran como mi morena
en este mundo no existieran
no existieran tantas penas.
en este mundo no existieran
no existieran tantas penas.*

Conversan sobre sus planes, de próximas inversiones, le informan que van a casa de un compadre en Cabrera. El militar los escucha con atención, con suavidad, con una sonrisa. Para despedirse, les hace saber su enorme satisfacción de que dominicanos amen la patria que los vió nacer y regresen a invertir.

El triunfador se muestra encandilado por las inesperadas y gentiles palabras que acababa de escuchar y por los comentarios imperceptibles que viene de susurrarle la hembrota al oído.

-Peimítame Capitán -anuncia.

-¡Viva Quiqueya!. (Lo repite dos veces para convocar al auditorio, que, efectivamente se reúne formando un semicírculo). Los dominicano semo gente seria y trabajadora. No é veidá que hagamo lo mal hecho.

Ello hay, no se puede negae, pero son uno cuanto. Vueevo – discursiócon la frente en aeto, dipué de trabajae 30 año en losetadosunido.

Hice de ueite, barrí, fui ayudante, comencé con una bodega y ai finaee eran cinco. Vendí todo y vueevo a mi paí con mi señora, poique creo en éi, poique habemo má serio que vagamundo. E' cuanto. (Aplausos) (Risas de algunos, además).

Un japonés, sorprendido, tira varias fotos. La hija o la esposa (uno nunca sabe con estos asiáticos) le pide su autógrafo (por sus reverencias presumo que la jovencita creyó estar ante un importante líder dominicano).

La caldera de las emociones es puro vapor.

Estabamos encantados y en el fondo nos alegrábamos. A los maleteros les dió por filosofar:

-Dios recompensa al infeliz -dice uno - ese seguro que era un arrastrao, se fajó, míralo ahí, con cuartos y una hembra, y uno aquí llevándoselo el mismito diablo. Hay que irse. (Risas).

Mi hermano y yo nos colocamos detrás de la pareja para no perdernos nada. 10 dólares pasa a cada inspector de la mesa y 100 al guardia. Ocho maletas, sin contar los dos bultos de mano, cruzan sin pasar por GO. La correa, a mil.

Llama al portero; a él también le tocan billetitos verdes. Le dice:
-Cuando yo vaya a salir, ábreme la pueita de pae en pae, que afuera me tán eperando para fiimaime, una película van a hacee.
Dicho y hecho, y más: el portero le mete par de calzos para que no haiga problemas.

-¿Qué dice mi gente?. Como dijo Julio Cesa: Fui, rompí brazo y triunfé - se alabancia, terciado medio a medio a la puerta. (Aplausos) (Gritos:Edibeito, Edibeito). (Más gritos: Edibeito querido Cabrera está

contigo).

La multitud está complacida. También los maleteros. Y cuanto pobre asomaba su curiosidad.

Edilberto toma a su pareja y rompe a besarla con inusitada pasión. (Silbidos y aplausos, primero). (Silencio y expectación, después).

-Sofía - dice y avanza unos pasos-, ella e Sofía para todo, mi futura esposa. Venimo a casaino y a creae empleo para mis hermano de Cabrera. (Aplausos, pero menos).

-Maldito cuero -vocea una del lado izquierdo- suelta ese hombre que no es tuyo.

Diciendo esto, una mujer bajita, gordita, con la candela adentro, le vuela arriba a la costarricense, (¡qué lío!); se halan los moños, pero la extranjera ágilmente la rechaza de un codazo en la misma boca.

-Me partió -grita la señora- Ay, ay, 'toy botando sangre. La mato, la mato porque la mato.

Y se devuelve para comérsela.

Un moreno la ataja por el brazo. Suéltame, suéltame, implora hasta que se la llevan a una esquina.

Un sarataco que anda con la gordita manotea a la centroamericana. Forcejea para quitarle el bulto de mano y la cartera, pero no lo consigue. Un maletero lo tranquiliza de una soberana galleta.

-Sinvergüenza y te atreves a venir a echarnos vaina, después que dejaste a Rufina enchonclada -se oye por el derecho, mientras una botella le parte la cabeza al triunfador. Los maleteros se arrinconan, mi hermano y yo cubrimos al bombón y la devolvemos para Migración.

Al triunfador lo rodean, no dejen que le hagan daño, dice alguien; ese es un hijo de la gran puta; quítate, que es conmigo ... A un jabao, que argumenta a favor de Edilberto le meten también un botellazo en la cabeza; forcejeos van y empujones vienen, las maletas se las pelean y las abren a sajazos, la repartidera se inicia y concluye poco después... todas vacías. Fiesta han hecho con las maletas. Vestidos preciosos, zapatos caros, ropa interior finísima, trajes, toallas. Aquello da pena.

Todo el que quiere se lleva. Con la repartidera se termina de armar.

La infeliz extranjera está hecha un manojo de nervios. Tratamos de consolarla, de explicarle...nuestra gente, no todos somos... pero no podemosl. Unas inspectoras se la llevan al baño.

El lío sigue. Hay tres grupos claramente definidos. Los militares, la seguridad se presentan en masa. El Capitán trata de apaciguar los ánimos.

*Raúlín sigue sonando:
Así pude comprender lo que me quiere esa morena
así pude comprender lo que me quiere esa morena
porque yo salgo a la calle y regreso cuando quiera
porque yo salgo a la calle y regreso cuando quieera.*

Parece ser que el hombre, oriundo de Cabrera, muy caritativo con su pueblo, le había prometido a la tal Rufina (la gordita) con quien venía enredado desde hacía cinco años, que en el próximo viaje se casaría con ella. La última vez que vino se lo aseguró. Ella al enterarse, se ilusiona y se presenta con un grupete a recibir a su hombre. Estaban desde las cinco de la tarde celebrando la llegada. El hombre había olvidado su promesa o se burlaba temerariamente no ya sólo de ella, sino de un grupo, más aún: de un pueblo, Cabrera.

Otro grupo de nagüeros, que no nada tienen que ver en el asunto y que han armado un can para recibir unas amigas, al advertir el lío que tienen la gente de Cabrera, se les enciende el regionalismo.

-Así de rastreros son esos boca 'e suape de Cabrera- vocea un nagüero con una cachucha de los Atlético, para que la cosa tome un giro serbo-bosnio. Atrévase, atrévase a ponerme la mano, atina a decir antes de que le metan un vaso plástico full de hielo por la boca.

El tercer grupo anda con el conjuntico más desafinado. Gente de Macorís que se esfuman tan pronto la cosa se pone color de hormiga.

El acordeón cabrereño termina dentro del minibus nagüero luego de atravesar el vidrio delantero. El chofer, un infeliz, desconsolado se le oye implorar: como me hacen eso, un hombre que lo tiene es Seguros Pepín y la guagua es financiada.

La policía finalmente logra controlar la situación. Apresa a varios, entre ellos al triunfador, a quien acusa de constituirse en banda de

malhechores, promover turbas y destruir la propiedad privada.

Tras mucho argumentar en el Destacamento, temeroso de verse pasar el fin de semana trancado, consigue que le suavicen la medida preventiva y que a su novia la exoneren por completo de similar humillación.

Son tan gentiles que le permiten amanecer en los bancos, no en la inmunda celda con los demás revoltosos. Ella, definitivamente, tiene mejor suerte. Duerme en uno de los hoteles de Playa Dorada...con el Capitán Molina.

THE END

(pero la historia sigue)

[Once y treinta de la mañana siguiente: Tres hombres entran sin dificultad a la habitación de la centroamericana. Relojean como tigres. No hay nadie dentro. César, el único dominicano de los tres, empresario de zona franca, se dirige al closet y del bulto de mano saca ocho paquetes envueltos en plástico y amarrados por maskingtape. Los introduce en un maletín metálico, hace una seña con el pulgar y se despide de los otros dos: estamos de acuerdo. Yo llamo.

Dieter y Gerhard, colombianos de padres alemanes, brazaletes rosados en la mano izquierda, colita, aretitos, chancletas ortopédicas, trajes de baño, decorados con simpáticas camisetas Sosúa no problem, llegan hasta la piscina del hotel a devolver la llave de la habitación.

Sofía los despacha con una sonrisa: buen trabajo -les dice- por poco la DEA...Vuelve breve a la piña colada y prosigue hermooseándose. Dentro de un rato su armyguito la recogerá para llevarla a comer al Manguito.]

*Sólo por unos días llegaste
aquí a mi tierra
de tí me enamoré
muchachita buena
luego te marchaste
dejándome en mi tristeza
y te recordaré
tú linda belleza
tú no me dejaste
ni foto, ni dirección.*

Problems are opportunities.

Chapter One

La entrevista con Don Julio Goicotxea estaba programada para las diez.

- Unico requisito: rigurosa puntualidad. Además -insinuó la computexturizada voz-, a nuestro Presidente le agrada conocer experiencias directas recientes con nuestras marcas y disfruta del intercambio franco, preciso y breve de sus invitados. Que pase buen día.

*"La verdad es la percepción en la mente del consumidor".
Al Ries y Jack Trout.*

Trigueño, 1m90, hecho a la medida, a base de gimnasio y academia militar, hijo de esa clase media astuta que supo hacer buenos negocios en los 12 años; aficionado a deportes duros y resistentes; pura fibra, elasticidad de acróbata e inteligencia de zapador, Jorge Aníbal Muñiz, 35 años, casado con Jenny Medina, 2 hijos, Jeffrey para sus íntimos, gerente de mercadeo y ventas, egresado de Stanford, master en la Hamamatsu School of Economics, se incorporó como todas las mañanas a las 6 horas. Erguido, puños tensos a la altura de los genitales, ojos cerrados, pronunció el tónico samurai de la escuela Tokuyasu: Para ganar la guerra mañana, debo vencer hoy. Mi enemigo ya despertó. Luego, sólo luego, se calzó los shorcitos de algodón, pues dormía completamente desnudo, y se encaramó en el treadmill para combatir la pereza.

6h05. 25 minutos nada más. Lo estrictamente necesario para recorrer 8 millas. Quemar 525 calorías. Antes de la ducha: 50 lagartijas y 30 abdominales. **6h30** Afeite, Gillette bien clean, Colgate Precision más Total, ducha ligeramente tibia, Vidal Sassoon pelo maltratado, Kérastase de L'Oreal, Egoïste de Channel. Calzoncillo rojo de seda Ives Saint Laurent, Patek Philipe en la muñeca derecha. **6h55.** Jugo de naranja, bowl de cereal Kellog con poca leche blanca sin azúcar, yogurt Danon de fresas y cucharada de Jalea Real. Listín Diario, Primer cuerpo nada más. Lee artículo Bernardo Vega sobre ALCAN y GATT.

Retoma lectura Veritas Mercatus: Enjoy chopping your competitor's head off de John K. Putt.

8h05 Primera llamada: Iré directo donde Sosa, de allá te llamo,

preparate para esta noche, vienes para acá, no es verdad que voy a dormir sólo otra vez, te quiero, un besito. **8h15** camisa blanca a rayas rojas finas Calvin Klein, traje Paul Stuart azul marino y corbata blanca de seda Gucci con motas suaves doradas y azul.

8h30 Sale de casa en su BMW 325 verde olivo, Laptop Apple 190 C, Organizer 128K, celular Motorola Ultralight, Smith & Wesson.

9h Sosa & Rostow Consulting. Nunca me des detalles por teléfono, no me interesan tus cálculos, dime cuanto es, no quiero problemas después, está claro, quiero que tú me digas si traigo los fósforos o no; el martes me voy a Los Angeles; está bien, mejor, yo no tengo nada el domingo temprano, me lo dejás dicho con mi secretaria, hablamos.

9h35 Mabel salí para allá.

9h45 Buenos días, Buenos Días. Ramírez, sí buenos días, bien, bien, gracias, por fin, ¿cuál es la extensión suya?; llame para que manden los empaques, el sur no tiene cloro en ningún envase, Mabel haz depósito de 30 en la cuenta de Jenny del Popular, llamó de Miami, que el pago de la tarjeta, sí, dime lo de hoy, anjá, unjú, unjú, no, se cambió, el almuerzo con los coreanos en Juan Carlos ponlo para el jueves, la reunión de las 15h con la publicitaria que la muevan para las **13h15**, pide picadera al Lina, confirma reunión con los vendedores a las **15h** y a las **16h15** con el Gerente de Producción, a las **16h45** la reunión del Consejo, sí mi amor, nada para el viernes, no se me ha olvidado, nos vamos el viernes al mediodía a Clubmed... está bien, entonces no vengas el viernes y te pelas, ya, ¿contenta?, reserva a nombre tuyo, no, no y no, hízlo así, Mabel por Dios, yo sé lo que estoy haciendo; olvidate de eso, tú lo sabes, tú misma hiciste las reservaciones, Jenny va a estar hasta el martes con Giancarlo Federico e Inés Margarita en Miami; ¿qué pasa que no veo el reporte de Ventas?, no lo tengo, que no me ha llegado lo de ayer, ¿quién le dijo a Jaime Enrique que no hay de una libra?, chequeen antes de ponerse a estar mandando memos para arriba; es más coño, llama a DIGENOR. García, comotamo, qué vaina es esa que se le ha ocurrido a la gente tuya ahora con los jugos en polvo nuestro, de qué vencimiento del carajo tú me estás hablando, esos animales que tú tienes parece que no saben coño inglés, Best when purchased y la fecha, eso lo que quiere decir es que lo mejor es que se consuma antes de esa fecha, eso jamás quiere decir que está vencido o que haga daño. Dímelo de una vez, si lo que quieren es joder; a mi no me importa esa vaina, Juguirrín está comprando al igual que yo en Miami, igual que yo, igualito ah, pero los míos son los que están pasados, eh, iqué pendejo

estás tú!, pues bótalos a todos, yo sabía que tú.. y qué de la finca; ven acá, en el Babeque es que están tus hijos, ah sí, me pareció ver a tu esposa, sí, en un Mitsubishi azul, sí, perfecto Manuel, Don Jesús te va a llamar, dile que ya tú y yo hablamos y que todo está resuelto, un abrazo y vamos a ver cuando nos juntamos , no te preocupes, yo te hago llegar eso, déjame eso a mí.

11h30 déjalas pasar, no me pases llamadas, gracias, están lindísimas ustedes hoy...y siempre, claro, claro, no hay que dar gracias, es política de la empresa, de todas formas está muy linda la corbata, díganme, el programa, ¿ya salió?, gracias, llámese a la publicitaria, una sin moña, no te preocupes, ¿en la 8? Aló, cómo se atreven ustedes a poner a un cliente en hold, ya lo sé, tengo el estudio a mano, pero son amigas de la empresa, ¿qué sabe Jaime Enrique!, hágale un contrato por 3 meses, comenzando el 5 del mes que viene por 10 mil pesos mensuales más el 15 de agencia por 8 cuñas mensuales y 2 de bono. Perfecto. ¿Estamos de acuerdo? Saludos por allá.

12h10 Ven acá , tranca, tranca, necesito un masaje en el cuello, escribe: por medio de la presente se instruye que ningún gerente de marca tiene que estar carteándose o evaluando, sin antes discutir la conveniencia con la Gerencia de Mercadeo; somos un ejército no la cámara de diputados, tú le das una arregladita y me lo traes, quiero que circule hoy, me tienen hartos...consígueme el reporte, dile a Natalia que venga acá; chiquita dime ¿qué va a presentar la publicitaria?, chequeaste si incluyeron la versión cocina-merengue, perfecto, te vas pasado mañana al Este, quiero un informe del casa por casa de San Pedro, Romana e Higüey. Gracias, háglos pasar a Conferencia, ¿trajeron el proyector? ¿y qué coño hace Cuchilla con el proyector en la guagua?.

13h25 Entonces, ¿vemos el comercial?; tiene buen ritmo, la luz está bien, quizá la muchacha de servicio...parece una intelectual, yo le quitaría el super, lo dejo con el product-show y locutor en off. No , eso no, no puedo estar de acuerdo porque la ventaja precio la vamos a establecer desde la calidad; nuestro cloro tiene mayor porcentaje de hipoclorito de sodio que el de la competencia; ustedes son los publicistas, de acuerdo, por supuesto que es un aprendizaje de baja intensidad, excúsenme que les hable de pie, es que tengo una pequeña molestia en el cuello y un calambrito, se me pasará enseguida, el asunto señores es que esos malditos pretests no miden la persuasión, está bien como concept -test; ¿quieren probar?, córtenle la cabeza a la ama de casa y limpien la mancha de sangre con

el cloro, a ver si no es memorable; tan bien lo recordarán que los consumidores no volverán a comprar nuestra marca; lo decisivo es mantener nuestro posicionamiento independientemente de la competencia y, entiéndanme, **perSUAaSIÓN**. Trabájenlo un poquito más; debió estar listo hace dos semanas; hoy en ocho lo necesito en el aire. Según los informes que tengo, a ellos les llega en 1 semana; en lo que desaduanizan y llenan los canales, se cojen 3 semanas, tengo que picarle alante, me entendieron; coordinen con Natalia y después nos juntamos, señores buenas tardes, tengo un encuentro con los vendedores; tú Natalia antes de irte pasa por mi oficina.

15h ¿Qué pasó con Juan Manuel que no lo veo?; era importante que estuviera aquí, ya hemos hablado suficiente de incentivos, ustedes empujan lo que les da su maldita gana, la empresa no puede permitirse que su fuerza de ventas tenga una subestrategia personal en cada vendedor, ustedes no son microempresarios, métanse esa vaina en la cabeza, he comprobado que se han estado sobreinventando almacenes en la zona norte para sobrepasar las metas, eso coño no puede ser, el Consejo, no son unos pendejos, por algo han llegado ahí, de aquí voy para allá, por culpa de ustedes tengo yo que oírles la boca, es decir que todo eso está muy bien, pero Emilio tú no estás empujando los jugos, hemos perdido market share en la zona 7; el lunes visitaremos los Nacional y Asturias, esas cabeceras son nuestras. Mabel llámese a Matos, ¿quien va a ser?, ¿usted no sabe que Matos es el Gerente de Promoción?, no más té, no, jugo, un jugo de naranja con hielito, me cayó mal ese sandwich, Mabel, esa vaina tiene que estar resuelta mañana, llame al Director de Control de Precios y al de Indotec.

16h15 ¿Qué es lo que se mueve, tú no tienes calor?, alguien apagó el aire ¿Qué decidiste con la tapa de 1 libra,? yo no hago nada con dos libras, lo que quiero es que tú me garantices que para el viernes tendré sachet de guavaberry, José Ernesto es que tú y Paquito están equivocados, los que planifican somos nosotros en mercadeo de acuerdo a nuestra percepción del movimiento del mercado; ustedes creen que nosotros estamos inventando o qué, José Ernesto tú tienes que entender que si la Gerencia de Marca acuerda con ustedes un calendario tiene que cumplirse, porque si no todo se va para el carajo, imposible, la vicepre...Jos...así no...pero...perfecto, perfecto, no hay problema, hagan lo que les de su maldita gana, nos vemos. ¡Hijo de la gran puta!; ese aire me estaba dando de lado. Tú sabes, sí, mi amor, díles que estoy saliendo, voy a explotar, cómo tú quieres que me calme con ese hijo de su malditísima madre, si yo fuera dueño de esta vaina, los cancelo a todos, partida de saboteadores, coño, en vez de

resolver , lo que hacen es traer problemas, lo único que yo quiero en esta compañía eres tú mi amor, ¿tú me quieres?; anjá, dile que me llame por el celular. ¿Y qué Frank?, de qué ventas tú me hablas, si Fruity Juice es líder en su categoría?; su error fue posicionarlo no como un producto premium, los importados en polvo claro, bueno algunos; hablamos, que voy a entrar a una reunión.

16h50 Don Julio, don Jesús, don Manuel cómo están ustedes, investigaciones prometió para el lunes los resultados de las fragancias para el proyecto Uzi 300, en relación al lanzamiento de T-45 esta mañana hablé con México, sólo falta que Los Angeles apruebe, porque Peterson está en Filipinas, para embarcar, nos vamos con 25 mil cajas de 72/4. Con Laitmilch estamos un 40% por encima de lo planificado, el comercialito brasileño del niño y su gatito ha sido un palo. No, no sabía, iun 35% por debajo nuestro!, don Manuel cómo, no, a mi no me llegó ese memo suyo, me entero ahora; bien, bueno estamos con el casa por casa en el Este, la Gerente de Marca se va pasado mañana a supervisar, no gracias, un poquito de agua nada más, doña Iluminada, ¿usted tiene un Winnasorb?, si no me tomo algo se me va a explotar la cabeza. El problema don Julio con Zaiter Khouri Sucesores es que no pagan, Crédito le suspendió..., iah!,si usted quiere, no hay problemas.

Caso cloro. La publicitaria me ha estado fallando, con este nuevo gerente que han traído de Chile, no sé, el servicio ha caído. Me garantizaron que podemos lanzar en una semana; de acuerdo don Julio, pero dejemos que pase el lanzamiento de la nueva fragancia, manejan mucha información; sí, yo me reuní con el Presidente, le pasé un brief a Kuron, el próximo Director de la cuenta, me hubiera gustado que José Ernesto estuviera aquí, ellos en Producción no hacen caso a los planes acordados, consideran que ellos saben más que todo el mundo y así no vamos a echar adelante las marcas locales. Acabo de tener una discusión con él y no es lo mejor, don Jaime usted que es tan diplomático, usted..., no, yo no pido eso, pero si le vuelan la cabeza, él se lo buscó, no se entiende con nadie del Departamento, así pasó con el arroz y las fundas de 10 libras, le dio la gana de mandar a hacer más de las de 5 libras, violando..., bueno usted lo sabe, ahí están, en almacén, está en sus manos. Nuestros precios están bien, es más, podemos aguantarnos así 4 meses más, ahora, si ellos caen en el gancho de aumentar un 12 %, nos igualamos enseguida, eso creo yo. Se lo envió mañana. Sí, estoy listo y servido, nos encontramos en Exquesito, véte tú alante por tu lado, ¿tú recibiste un memo de Don Manuel? Pues a mí no me lo entregó, Jaime Enrique está jodón. Para que no nos vean llegar juntos, llévate a Milagros la de cómputos; al fondo a la izquierda, cerca del armario, donde quieran.

19h ...ustedes por aquí, ¿qué hay Milagros?, Mabel hola, ¿interrumpo? no, no sé si sentarme, va y se pone celoso el novio de Milagros cuando llegue y piense que yo se la estoy enamorando. Swing doble sin hielo y a mí unos espárragos gratinados, pero, oye Miguelito, un pancito alante. ¡Qué día!, ven acá Milagros, qué es lo que tú tienes?, ¡claro!, te queda bien ese color de pelo, de verdad que ustedes hablan, yo me imagino que ustedes no trabajan chismeando. Miguelito otro igual y a las señoritas... lo mismo. ¿Te vas Milagros... tú también? Yo tengo que esperar a un amigo que quedamos en juntarnos aquí, acompáñame Mabel, hasta que él llegue.

No entiendo. A mi me contaron que estuvieron juntos toda la noche - comenta Ernesto, tratando de entender.

-Claro que sí. De Exquesito se van a casa de Jeffrey, están un buen rato en el jacuzzi, él se toma unos tragos más, y haciendo el amor (se pasa el índice por la garganta).

-Hey, explícame- exige Ernesto-¿No dizque era un atleta!.

-Te digo rápido, porque me llamaron. Don Julio, quiere verme antes de entrevistarte. Fíjate, parece que ya le venía; el diagnóstico médico fue infarto fulminante al miocardio por falta de óxido nítrico en la coronaria y algo como pasividad de los neutrófilos. El Dr. Alvarez me comentó en el entierro, que Jeffrey tenía la homocisteína altísima. Su hermana sin embargo, cree que no puso la suficiente atención al defecto hereditario en el corazón que le viene a ellos por el lado de la mamá, como corazón vago, me dijo. El hecho es que no pudimos hacer nada.

-Mabel contó que le hacía el amor, con el aire apagado; a Jeffrey le gustaba así. De repente, gritó hacia adentro, la miró con ojos de susto, sopló ronco, sopló risas, sopló lágrimas, sopló el alma y se demongó. Muertecito, ahí mismo. Jeffrey no delegaba. También metía... Me voy. El próximo eres tú.

Chapter Two

Acomodándose en el sofá que le quedó cerca, Ernesto se dispuso a organizarse mentalmente.

-Hola señor Rodríguez - escuchó-.

Frente a frente se desdibujó una sonrisa.

La voz aquella..., sin duda era ella, la voz, el teléfono, la cita.

Rubia, huesuda, fría, seca, quijada cuadrada, la había imaginado. Sin embargo, estaba ante una trigueña, probablemente en sus 40 -los surcos del cuello lo advertían-, pero bien administrados, pelo corto caoba, labios exageradamente rojos, en una boca sorprendentemente grande, y una mirada para intranquilizar a un monje.

¿Cómo se siente? -le respondió- para seguir detallándola.

-¿Un cafecito, no se anima? Está recién colado.

-Eso no, gracias, me produce gastritis. Un poquito de agua si es posible.

Donatella de pie, presentó su mejor activo: dos torres de simétrica y escultural arquitectura, maquilladas por unas impecables medias negras, que serían la envidia de Christo.

-Mis respetos, se dijo Ernesto.

Ya se disponía a preguntarle si intuía que la reunión de don Julio y Jaime Enrique tomaría mucho tiempo, cuando ella le comentó:

-Sabe una cosa señor Rodríguez, usted parece hermano del señor Muñiz, de don Jorge Aníbal, Q.E.P.D.. Cuando lo vi entrar pensé, ¡qué impresión!, pero usted se ve más reservado. Raro en un sagitario.

- ¿Sagitario? Ah sí, sí, soy sagitario-cayó Ernesto en la cuenta-No crea, en mi caso es tristeza, nostalgia, mejor dicho... ¿cómo lo supo?

-Su curriculum. Yo soy Leo con influencia de Aries al igual que usted. No creo en esas cosas. Mi marido sí, compraba libros, revistas. Era Piscis. Murió el año pasado.

-¡Huy, lo lamento!-exclamó-, ¿le faltará mucho a esa gente?

-Póngase cómodo. Don Julio me pidió que no le pasara llamadas. No se olvide que es con el yerno que está hablando... Usted aparenta una persona tranquila, soltero a su edad..., no quiere comprometerse, lo entiendo, así me siento yo...

-Divorciado -la interrumpió.

Donnatella era un torrente, él un amasijo de dudas.

El empleo significaba: 60, carro, alquiler de casa con planta, inscripción en el Country, supermercado, seguro médico y de vida en dólares, 3 semanas de vacaciones, 200 de bono en abril.

-¿Y por qué Jaime Enrique no coje el cargo?, se le ocurrió pensar; son las once y nada, debieran ya salir.

Embelesado la vió despachar. Alhelado. Ansioso.

Se incorporó.

-¿Tus hijos?-preguntó-, señalando un portaretratos que alcanzó a ver en el escritorio.

Ella, en el teléfono, haciendo señas con la mano, tapó el auricular y le dijo:

-Sobrinos.

-¿El baño? -preguntó el candidato-, mostrando signos de desamparo. Allí fue a encerrarse, a ventilar inseguridades.

Sopló, sopló hasta que se le fue el alma se repitió rasgándose la propia. Once y media, hora y media en esta vaina, esto es una burla, es una técnica para poner a uno nervioso, lo sé bien; ya veo que esta gente y yo vamos a tener problemas.

Abandonando el refugio, colocó la revista en su sitio, se encajó

de vuelta en el sofá y de nuevo la misma pregunta:

-¿Le faltará mucho?

¡Qué iba a saber ella! Simplemente arqueó las cejas. Ernesto estaba sudado a pesar del aire y haberse lavado la cara.

Se puso de pie.

-¿Qué hago? - le preguntó a Donnatella buscando orientación-. Es que tengo una cita a las mismas doce.

Donnatella resolló lentamente mirándolo como sólo son capaces las madres o las novias adolescentes. Tomó papel y felpita y garabateó quien sabe que cosa. Dobló el papel y se lo pasó.

Retomó la pose y la voz por la que le pagan y anunció con complacida simpatía:

-Como usted quiera; muy bien señor Rodríguez, excúsenos, yo le llamaré para fijarle una nueva cita.

Ernesto leyó.

Quedó mudo, perplejo. No sabía qué hacer, ¿sonreír?, ¿dar las gracias?

Ella le tendió la mano a modo de despedida. El también y guardó el mensaje. Caminó varios pasos. No quiso volverse, aunque estaba seguro de que ella lo miraba. Salió a paso decidido, con pecho de paloma.

Horas después, pasaban las 3 de la tarde, marcó:

-Obedecí- le dijo tan pronto ella levantó el teléfono- pero merezco una explicación. Te debo una cena. ¿Dónde te recojo esta noche?

-¡Vaya, qué ánimos!. Hoy no. Mañana ocho y media. ¿Dónde iremos?

- Al Toscana, ¿te parece?

- Seguro, fantástico -le confirmó Donnatella-. Llámame antes

pasar a recogerme.

Al restaurant llegó Donnatella con una preciosa chaqueta pakistaní azul-morada, larga hasta las pantorrillas, brocada en terciopelo, pantalones de seda beige, sutilmente estampados, y unas sandalias hindúes de cuero de Miles Pilzman. En su lóbulo izquierdo pendía una perla. En el derecho, incrustada, una esmeralda.

El no estuvo menos: pantalón de popelin color kaki, camisa Boss de lino crudo a cuadros verde olivo, mocasines marrones

Bally y reloj rojo de Tich.

Donnatella supo que lo había impresionado, por lo que estimó procedente poner más soltura, más desenfado, marcar la mesa en la que se sentarían, en fin ...dirigir.

Le contó que por su vecina Andrea supo todo sobre él. Y que ella misma, en una ocasión, hará unos meses, estuvo brevemente en su apartamento, con la amiga, con el pretexto banal de una filtración.

-Me habían hablado tanto de tu apartamento -le confesó, mirándolo con ojos juguetones- que quise conocerlo. A las mujeres nos mata la curiosidad.

Ernesto quedó enloquecidamente feliz. Nunca antes había sido víctima del interés de una mujer. Del desinterés, muchas veces.

Tantas ganas le tuvo, tanto apetito lo devoraba, que se le fueron las ganas de comer. Cuando más adelante pudo, lo hizo de manera atropellada y torpe...

En cada ocasión ella lo recompensó pidiéndole que la abrazara. La ternura de Donnatella lo perfumó de serenidad.

Al cabo de un rato que le pareció, sin duda alguna, el más grato en mucho tiempo, Ernesto le preguntó si quería que la llevara a su casa. Eran más de las dos de la mañana.

Donnatella lo pellizcó bajo las sábanas, frotó sus pies con los de él, sin responder. El aire acondicionado pitaba. Ratitos después, mientras él localizaba el control, mordiéndole la oreja, ella le

contestó:

-Mañana, para cambiarme e ir a la oficina.

La noche tomó un segundo aire, pero aún así no bastó para decirse y planear lo que se dicen y planean dos que descubren que se gustan.

Temprano en la mañana, como un resorte, había entrado ella al baño. El despertó.

Desde la cama, ligeramente inclinado hacia un lado, a través del espejo del baño, observó los años extraviados por las fantasías de la noche anterior: la barriguita de Donnatella, flácida, repugnante, rozaba el lavamanos; los senos a su antojo, maldecían el desamparo del wonderbra.

-NO me mires que estoy horrible -le dijo ella-adelantándose a posibles conclusiones.

-¿Por qué lo hiciste? -le preguntó Ernesto desde lo profundo del lecho.

-PORQUE te quiero para mi sola, -dijo, asoma sacándose el cepillo de dientes de la boca-. En la empresa, a los ejecutivos o los vuelven locos o los matan de estrés.

Ernesto apoyó su cabeza en sus manos abiertas y se dejó caer suavemente sobre la almohada, mientras los pelillos de su nariz se batían a ritmo irregular y sus ojos, tercos por vez primera, se inundaban de alegría.

‘til death do us part

¿Qué culpas tengo yo de ser madre soltera!, ¿Por qué espantarse, por qué satanizar mi condición?

Está bueno ya que aquí se digan barbaridades, que ciertos medios de comunicación promuevan el morbo colectivo con historias vulgares, que entretengan hundiendo reputaciones y nadie tenga el coraje de pararlos.

Yo sí. Al toro lo tomo siempre por los cuernos, una guapería poco inteligente, pero así me educaron. Además, alguien tiene que empezar; probablemente otras se animen.

Es verdad que mi hijo murió víctima del crack. No como dice el periodista Cuador, que era pusher, que tenía a raya al vecindario. No. Consumidor sí, porque lo metieron a eso.

Decir –como escribió el rastrero dizque reportero- que yo no me ocupaba, que yo vivía en la calle, que yo era una de esas a las que les gusta el american way de no sé qué es una gran mentira.

Usted cree que se deba permitir que un tipo se atreva a escribir cosas como esta; leo: Como la señora Gil (esa soy yo) *hay muchas, que se ven obligadas a abandonar el hogar y a confiar en la trabajadora o en el televisor la educación de sus hijos. Pero ella no tiene la culpa. Es una irresponsabilidad, pero ella no tiene la culpa. Es el modelo que han impuesto los países industrializados a través de su publicidad, de su música, de sus conceptos de familia. Bolchevistas y capitalistas no creen en la familia. El Estado o el mercado es lo único que les importa. Ambos significan la erosión de los valores familiares, la pérdida de autoridad del padre, la disolución de la familia. Así le es más fácil dominarnos. Digamos no a esta inmoralidad. Digamos si a la familia y al respeto**.

Hasta aquí la cita. Lo que quiero es que usted me diga qué tiene que ver esto conmigo, con mi hijo. ¿Qué quería Cuador, que no saliera a trabajar? Son invenciones para vender periódicos, como le dije a Mayra mi abogada. Una falta de respeto.

*Nota del autor: En agosto pasado, Enrique Cuador, investigador periodístico al servicio de un diario dominicano publicó cuatro artículos, que llamó estudios de caso, en los que abordó con minuciosidad el drama de tres dominicanas de distinta posición económica sometidas a los efectos de lo que calificó de **conspiración modernista contra la familia: la globalización, las drogas y el libertinaje sexual de la mujer**.

¿A santo de qué, un señor que apenas habló conmigo cinco minutos, puede decir esas cosas! Fui a buscarlo al periódico, ¡ah sí!, par de veces, y cobarde al fin, mandó a decir que no estaba. Ahora se lo digo públicamente: Enrique Cuador usted es un fresco, y los dueños del periódico, unos abusadores por publicar sus insultos.

Los problemas de Pedro Antonio comenzaron desde que apareció Lizzy, una loquita vieja estudiante de publicidad. Ella me lo puso en lo que no estaba. El hijo mío no sabía bregar con vagabundas. Tan buena que era Massiel, atenta, aplicada; cosas de la vida, se le cruzó la diablita esa. Un tipazo como Pedro Antonio, con casi seis pies, unas espaldas, pelo negrecito y brillante, además buenmozo. No tenía a quien salir feo, y venir a embobarse con ese flinflin de mujer, más chiquita que yo, criada en el Bronx, llena de trapos y más fea que el diablo.

Lo que pasó fue que al entrar en la universidad, él sintió ganas de volar, de independizarse. Quería emociones, yo lo dejé, me alegré muchísimo, porque disfrutaba imaginando a mi hijo cortejando a las chicas; a la edad de ellas yo me hubiera enamorado como una loca de Pedro Antonio.

Las cosas funcionaron de maravilla los primeros semestres. Era muy popular. Lo llamaban muchísimo.

Después, se fue poniendo medio raro. Las madres nos damos cuenta enseguida. Hasta le llegué a preguntar si la comemierdita esa no le había hecho una brujería, porque, a mi no hay quien me diga que no, dentro de él comenzó a vivir otro ser. Dos en uno. Espíritu burlón le puse yo. El no me hizo caso. Después entendí porqué. Los días de semana era ordenado, estudioso, responsable y bien comunicativo como siempre. Los fines de semana como ella quería: fiestero, indiferente conmigo y botarata. Yo le decía: No te dejes dominar. Usa tu cabeza, aléjate de Lizzy, yo soy tu mamá, yo soy mujer, házme caso, pero, ¡qué va! El espíritu burlón lo fue carcomiendo hasta dejarlo en el cascarón. Lo más lejos que yo tenía que aquello eran las piedras, el crack.

De niño, Pedro Antonio fue un encanto, siempre atento a mis cosas. Obediente, conforme. Su único defecto: no sabía decir que no. A todos quería complacer; a nadie ofendía. Lo levanté solito, sin marido, porque a los dos meses de nacer, su papá y yo nos dejamos.

Fernando era un mentiroso, como casi todos los dominicanos. Me

enamoré de uno y terminé casada con otro, que resultó ser embustero y mujeriego. Una vez se inventó unas clases de inglés, las clases más largas de la bolita del mundo; mentiras, andando con grillos y gurgucias, regoso a pegarme un SIDA, ¡ay no que va!. Preferí quedarme sola; total, con lo poco que me tocaba.

Y que se sepa: nunca mandó cinco centavos. Perdón: un regalo para Reyes y otro en su cumpleaños, todos los años; nada: relaciones públicas.

Nunca se ocupó del pobre infeliz. Ni el anillo de graduación, que se lo pidió; tuve yo que hacer un lío. Un irresponsable de marca mayor. Con decir que al entierro se apareció tarde. Tanto que se lo dije, tu hijo te necesita, házlo por él, ¡un-uunh!, por ahí anda enganchado a político engatusando desprevenidos. En vez de andar desacreditandome, el periodista Cuador lo que debería publicar es que el papá no puede aspirar a nada por bandido, por irresponsable. Un tipo que nunca se ocupó de su hijo no se va a ocupar de la gente.

A pesar de todo, Pedro Antonio nunca me reprochó no tenerle al papá en casa. Jamás lo mencionó. Tampoco se notó...me fajé como una burra para que no le faltara nada. Hice de todo: secretaria, relacionadora pública, vendedora de seguros; hasta ropa y juguetes vendí en las navidades. Ningún hijo de vecino tuvo más Transformers o Nintendo primero que el hijo mío. ¿Por qué iba a dejar que me acomplejaran al muchacho? ¡No señor!

En el fondo yo me alegré que fuera varón, no por lo que piensa la gente; si hubiese sido una chancleta, feliz también. Total para nada, si ya está muerto. Lo que pasa es que las mujeres sufrimos mucho.

Conseguir las cosas nos cuesta más que a los hombres.

La gente dice que Dios aprieta pero no ahorca. Eso es verdad. Durante 15 años tuve la suerte de tener a Clara conmigo, una sanjuanera malcriada, que me lo cogió de meses y me ayudó a hacerlo un hombre. Todo lo hacía: limpiaba, cocinaba, lavaba y planchaba. Y claro, atenderme a Pedro Antonio.

Como Clara, hoy, ya no aparecen. Ella se identificó conmigo, digo yo, porque el suyo lo había dejado con su mamá en el campo, y yo me porté bien, le pagaba excelente, diciembre casi completo se lo daba, le compré un televisor para que viera las novelas en el cuarto. Yo le agradezco. Ella lo quería con locura y él ni se diga. Eramos una

familia de tres. Había que verla en el entierro.

Pedro Antonio fue un alumno ejemplar, notas excelentes. En la universidad también. Desde chiquito supe que iba a ser arquitecto; los permisos me los pedía con dibujos. Ese retrato mío que se ve ahí, es de él; precioso, ¿verdad?, 16 años tenía cuando lo hizo. Además, sabía escuchar como nadie en el mundo.

Admito sí, que fui un poquito posesiva. Pero él también. Lo hacíamos para protegernos, para ser normales. El para mí y yo para él. Todo iba bien hasta que se apareció la sinvergüencita y lo echó a perder. Tres semestres le faltaban.

Los tiempos difíciles habían pasado. Me iba bien en el negocio inmobiliario, además tenía o tengo, mejor dicho, desde entonces, dos marusas que viajan cada quince días a Colón en Panamá y me traen ropa, joyas, cualquier cosa que se venda. Yo las coloco. Tengo mi gente. Sí, no es que tenga millones, pero me va bien.

Es fácil criticar, decir que "la que no pueda tener hijos, que no los tenga"; yo pregunto: ¿por qué no se lo dice al irresponsable del papá?, porque ésta que viste y calza no se lo iba a sacar, eso no es verdad, tampoco lo iba a regalar; digo eso, ¡Jesús!, me engranujo; que otras se lo saquen o que se les vaya la mano pariendo muchachos, no es asunto mío, ni de ese señor.

Siempre he sido respetuosa y así se lo enseñé a Pedro Antonio. No me meto con nadie para que no se metan conmigo. Mi filosofía es sencilla: viva usted su vida y déjeme vivir la mía. Suficiente tengo yo con haber perdido a mi hijo.

Nada duele más que la muerte de un hijo. Ni soledad mayor. Mi hijo perdió una oportunidad y sufrió. Yo perdí amor, más mi dolor y el suyo. Dolor tres veces. Mientras vida tenga.

Por mí que fusilen a todos los narcotraficantes. Ningún treinta años.

Luego salen por insuficiencia de pruebas o por suficientes pruebas de afecto hacia el juez. Que los fusilen. Antidemocrática, a mí qué, ¿quién me preguntó si estaba de acuerdo con la muerte de mi hijo!. Que los fusilen en el Parque Independencia y transmitan el acto vía satélite al mundo entero. Y verá usted como se acaba el asunto este.

Volviendo al periodista Cuador, el colmo de la frescura es que se puso

a averiguar mi vida en el edificio, y con no sé quien de mis clientes, a especular con lo único que me queda en la vida: mi relación con L.

¿Qué significa eso de "indicios preocupantes" que yo ame a un hombre casado? ¿Culpable yo? ¿Y de qué?. En absoluto. Si él no lo sabe, en el amor no hay culpables; nace sin uno darse cuenta. Y no es sexo, es cariño lo que uno busca.

Fueron muchos los años que pasé sola. Teniendo que salir con loquitas viejas a ver si alguien se fijaba en mi. Muchos malos ratos, muchos llicos. Pasarte meses sin que nadie te abrace, no es fácil; sin que te encuentren linda, sin alguien con quien dar una vueltecita. La gente critica, pero no sabe lo que pasamos las mujeres.

Amigas me lo han dicho, que habiendo tantos hombres -cosa que no es verdad-, qué hago yo con un hombre casado, que me gustan los líos. No me entienden, yo les digo, que como él deben haber pocos, y que sólo conozco uno: L., que comparto con O. El quiere a O., su mujer; no la va a dejar, yo estoy clara en eso; sus hijos están grandes y él es feliz conmigo. Los días de las Madres, los 24 y los 31 son de ella y de sus hijos, yo lo sé; eso de algunas mujeres de que va a ser mío nada más, eso es un disparate. Y mejor así, llevamos casi ocho años juntos (cumplimos el 3 del mes que viene) y si nos casamos, al otro día nos estamos divorciando. ¡Ah!, también, el día que dejemos de querernos -toco madera-, se acabó y punto.

(Entre paréntesis y aunque no venga a cuento: L.. es bello como un sol, alto, fuerte, tiene unas manos preciosas y unos ojazos de tiguere jubilado; pero, lo más importante, me escucha, a mí me gusta que me oigan, que me pongan atención. Sin su apoyo todavía estaría sin fuerzas. He estado con hombres de revista, pero con L.. es diferente; es loco con mis pies y mis senos, que a decir verdad, no es lo mejor que tengo, pero a él le gustan, y yo feliz. Tiene música..., las mujeres me entienden. Y sin interés, porque nunca le he cogido un chele; no son una ni dos las veces que me lo ha ofrecido. Je, después se siente con derecho).

Tampoco soy feminista señor Cuador. Antes sí, ya no tengo tiempo, siempre llego cansada. Me da risa la canción que dice "La vida sin marido es mucho más divertida". Para nada le luce a Ana Belén cantar eso, y me extraña, porque ella es la primera que no suelta a Víctor Manuel. Que me perdone, es muy bueno tener marido.

Me encanta decorarme, ¡ay sí!, ponerme linda y preciosa, preguntarle

como me queda la falda, enseñarle las tanguitas de raso y encaje que compré para él; que me piropee; arrancar para Neptuno un martes al mediodía, y pasarnos la siesta por los lados de San Isidro; ¿eh?, acurrucarme en las mañanas, aún sean pocas, decirle: ve, busca el paquete a la Metro, que tengo sueño; hacer el amor despacio... Eso no tiene precio.

Soy una mujer normal, creo yo, nada del otro mundo. Pero me ha costado mucho. Y mira ahora, sin avisar, se me muere el muchacho. ¡Qué injusta es la vida!

Sigamos con la historia.

Pedro Antonio llegó a ganar sus chelitos haciendo ilustraciones. Como ella estudiaba publicidad y trabajaba en una agencia, lo convenció para que aceptara hacer unos dibujos. Ellos quedaron encantados. Y él se vió ganando tan bien que siguió cogiendo trabajos. Lizzy lo maneyeaba. Hizo que se comprara un motor saltamonte -una locuray en lugar de casco, le puso un pañuelo rojo con dibujos azules y amarillos. Astuta la muchachita, sabía el rubí que tenía. Me lo fue robando. Hablándole mal de mi, yo lo sé; en dos ocasiones levanté el teléfono sin querer y oí lo que decía a otra amiga de mi.

Los trabajos de la publicitaria eran siempre para ayer. Lo estresaron enormemente. El pobre venía, se me tiraba en la cama, y ahí se quedaba, mientras yo le daba masajes en la espalda. Tanto afán para qué -me decía yo- si yo todo se lo daba, nunca le negué nada. Claro, los varos eran para comprarle discos y trapitos a Vainita.

Varias noches que salimos L. y yo a dar una vuelta, cuando volvíamos, nos recibía la bulla, el martilleo de esa música. Molestando a los vecinos, sobretodo a la pobre Sofía que es jefa de producción en zona franca y se levanta de madrugada. Yo estoy segurita de que a él esa música no le podía gustar. Era ella. Y él la complacía.

Una noche llegamos, eso era un escándalo. Fui directo a la habitación.

Entré sin tocar la puerta. Mi hijo estaba trabajando y doña Lizzy en panties con las tetas al aire oliendo incienso encima de un vaso tapado con papel metálico. Cogí esa cuerda que la boté como una perra. A Pedro Antonio no le gustó. Me peleó. Que lo dejara vivir su vida, me dijo. Que ella es la que le ha conseguido los trabajos, que si yo no la quería, él iba a tener que irse.

Sentí que había metido la pata.

Al otro día llamé a Lizzy. Hablamos; le conté que estaba tensa por una clienta que me debía un dinero de unas joyas; en fin, le pedí excusas - ¡qué rabia me da cuando me recuerdo! Cool, sin mente, me dijo, dése una saladita en la playa con el jevo suyo y usted verá que se le quita el gorilita. Así me dijo. ¡Usted sabe lo que es eso!.

Después, un amigo de la Dirección de Drogas me explicó que lo que vi aquella noche no fue ningún incienso, sino crack; al vaso con el papel metálico encima le llaman pipa. Desde entonces venía Pedro Antonio hablándome mentiras.

Vivía de mal humor, con ojeras todo el tiempo; cuando peleaba con ella no salía del cuarto hasta la noche, cuando me suponía dormida; yo me despertaba tan pronto oía el motor y no podía dormir hasta que regresaba.

Por eso, al terminar el semestre lo mandé 15 días a San Francisco, California. Le hice creer que había sido una invitación de Walter y Lorraine, que le habían mandado el pasaje, para que ni se le ocurriera decir que no. Allá lo pasearon por galerías de arte, museos, compró libros, afiches, CD's. Todo el dinero que me gané en la venta de la casa de Pilar en Miami se me fue en eso. A su hijo Mark que es psicólogo le pedí que me lo chequeara a ver si era yo que exageraba.

De allá me mandaron a decir que todo estaba bien, que yo era una estrei, una atrasada.

El hijo mío volvió encantado, y amoroso como siempre.

Me trajo un puentecito. Yo quería que cuando él volviera la casa estuviera pintada. Y así fue. El había escogido los colores antes de irse. Puse a Pablo en eso, que no es regueretoso. Mi cuarto quedó precioso. Y la sala, un sueño. Pero, nada más hizo llegar la Lizzy, el martes con una pizza - él llegó un sábado- para que no me hablara el resto de la semana, que todo le molestara, que la casa le oliera a podrido y que sintiera un ratón muerto en su cuarto.

Llamé a unas amigas y les conté lo que me estaba pasando. ¡Cómo va a oler a podrido una casa recién pintada!

Yo le hablaba y Pedro Antonio en la luna. A cada rato, en medio de una idea, se le iba la corriente; perdía el hilo. Pero lo que más miedo

me daba era cuando el espíritu burlón se le asomaba a los ojos.

Se me está volviendo loco el muchacho, pensé.

Mis amigas me recomendaron un psiquiatra dizque buenísimo y fui a hablar con él. Le conté completa la historia de la familia. Me preguntó por los juguetes, por los amiguitos, que si Pedro Antonio se chupaba el dedo chiquito, que si usó bobo, muchísimas pendejadas; yo creo que estaba más perdido que el hijo de Lindbergh y se lo dije: Perdóneme doctor, mi hijo no tuvo problemas chiquito, yo estaba encima de él, el problema es ahora, hay que sacarle a Lizzy de la cabeza. ¿Cuánto cuesta sacarle esa diabla de la cabeza? Eso es todo.

Dizque famoso y saliendo en los periódicos, pero para mí ese tipo no sabía un carajo de asuntos de juventud. Eso sí: carero como él sólo. Me pidió que le llevara al muchacho. Pero antes, al otro día, invité a la hija de la gran putica esa a comer un helado. A él no le dije nada. A ella le pedí que por favor dejara a mi hijo. Ella era un manojo de nervios, a cada rato se paraba a relojear, con la excusa de que alguien la iba a recoger. Me aseguró que lo de ellos había acabado hacía tiempo y que era mi hijo quien insistía. Finalmente, nadie la fue a buscar - es una maldita loca-, y la solté en Plaza Naco.

Me mintió. Al otro día durmió ella aquí; hasta un sandwich le preparó Pedro Antonio.

Dos días después el psiquiatra lo examinó.

A la tercera sesión fuimos los dos. El entró primero; al rato me hicieron pasar. El doctor me vino con unas explicaciones, que mi ayuda, nada, que el muchacho consumía piedras, crack. Me mantuve fuerte, pero estaba destruida por dentro. Luego me quedé a solas con el doctor. Me explicó como debía manejarme con el Prozac, la medicina para sacarlo de la depresión.

Me lo llevé a cenar. Estaba tranquilo, triste por mí, me dijo. Fuimos al Vesuvito. Durante la cena no hablamos de su enfermedad. Nos reímos como hacía mucho tiempo. Al llegar a la casa tampoco quise hacerle ningún reproche, sólo le pregunté porqué, si sentía que yo le había fallado en algún momento. Me dijo que no, que me quería, lloró, que las pastillas lo ayudaban a trabajar, a soltar ideas, que me tranquilizara, que el doctor exageraba; que eso no era así, que le habló mentiras al psiquiatra y agrandó las cosas porque le pareció un policía de la mente, en fin. Cásate con Lizzy si quieres, le llegué a

decir, no me opongo, múdense aquí, pero prométeme que seguirás el tratamiento.

Me lo juró. Y cumplió...por poco tiempo. Después volvía lo mismo. Siguió haciendo trabajos, ilustraciones; pero, sin avisarme, retiró el semestre.

Le cogió con decirme que yo era una galaxia y que el mundo estaba en desestructuración sistemática y un montón de cosas raras. Yo me encerraba en mi habitación a llorar. Se despertaba sudado, que lo querían matar; venía, me tocaba la puerta, que en la esquina había dos tipos, que el carro azul lo perseguía; no salía, soñaba que yo me iba a morir. Aquello era una cosa de locos. Entonces la que se estaba enfermando era yo.

Volvimos a ver al psiquiatra. Lo internamos 15 días a suero para desintoxicarlo. Josefina, mi vecina de la cuarta, me acompañó.

Salió bien. Descolorido, pero bien.

Después, le apliqué una dieta de zumo de carne de res, hígado guisado, berro y muchas habichuelas, sobre todo lentejas. Y el muchacho se me mejoró. Ya tenía otro aspecto.

Se tranquilizó. Recuperó su ánimo. Se volvió a inscribir en la universidad y Lizzy desapareció. Al fin.

Estaba bien. Tanto así que me fui a Miami por una semana a cerrar un negocio inmobiliario. El me llevó al aeropuerto. Le dejé el carro.

Alicia se mantuvo dándole la vuelta. El día antes de volver, ella me llamó. Había encontrado a Pedro Antonio muerto en su habitación. Con los ojos abiertos.